



¡Adorada sea la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo!

**IGLESIA CRISTIANA PALMARIANA  
DE LOS CARMELITAS DE LA SANTA FAZ**

Residencia: "Finca de Nuestra Madre del Palmar Coronada", Avenida de Jerez, Nº 51,  
41719 El Palmar de Troya, Utrera, Sevilla, España  
Apartado de correos de Sevilla 4.058 — 41.080 Sevilla (España)

**Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana**



## **DÉCIMA CARTA APOSTÓLICA**

### **Generosidad para la Vida Sacerdotal.**

Nos, Pedro III, Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, Sucesor de San Pedro, Siervo de los siervos de Dios, Patriarca del Palmar de Troya, de Glória Ecclésiæ, Herald del Señor Dios de los Ejércitos, Buen Pastor de las almas, Inflamado del Cielo de Elías y Defensor de los Derechos de Dios y de la Iglesia.

En nuestra Segunda Carta Apostólica, Nos, hablamos de las Vocaciones Religiosas. Vemos la necesidad de hablar en ésta, de la generosidad para la Vocación Sacerdotal.

Nos, como Vicario de Cristo en la tierra, estamos inflamado de celo por Dios, Creador del Cielo y de la Tierra.

Nos, estamos muy triste, porque vemos la poca generosidad que hay entre los varones palmarianos, para la vocación sacerdotal, para la vida religiosa, el estado más perfecto y más importante. Hay tres estados para servir a Dios: el estado religioso, el estado matrimonial y el estado de soltería. El estado religioso es, y siempre será, el estado más perfecto para servir a Dios, a María Santísima y su santa Iglesia, en cuerpo y alma. Un religioso está al servicio de Dios todo el día. Por lo tanto tiene mucho más tiempo para Dios, mientras que el casado y el soltero tienen que trabajar en el mundo para mantener a su familia o a sí mismo, según el caso. Es cierto que no todos valen para la vida religiosa, y que hace falta muchos matrimonios para dar hijos a la Iglesia. Pero que haya tan poca generosidad entre los varones palmarianos, no lo podemos entender. ¿Tanto les gusta el mundo, con todos sus peligros; tanto les gustan las comodidades; tanto se dejan llevar por su amor propio?

Últimamente en El Palmar se ha puesto de manifiesto que la mujer es mucho más generosa para la vida religiosa. Hay una diferencia de números demasiado grande entre las últimas vocaciones de frailes y las de monjas.

Muchas veces la educación que los padres de familias han dado a sus hijos es la culpable. Poquísimos padres se dan cuenta del inmenso poder que poseen para moldear el carácter y dar forma a la futura carrera de sus hijos. El pequeño bebé que les acaba de nacer viene de la mano de Dios con vastas posibilidades para el bien y el mal; como el árbol joven, su alma puede ser entrenada para crecer recta y hermosa, o doblada y retorcida, hecha horrible y deformada.

La formación del carácter y la dirección de los pasos de los jóvenes hacia el sacerdocio están en gran parte en manos de sus padres y maestros. Cuántos Sacerdotes felices agradecen diariamente a su Creador por haberles regalado "una buena madre", que primero sembró las semillas de una vocación en su corazón infantil, y que fue gracias al cuidado vigilante de sus padres, a sus oraciones, a su ejemplo y a sus vidas santas, que ellos recibieron la felicidad de su llamada sagrada. Dios ocupó el lugar de honor en su hogar, la imagen del Corazón sacerdotal de Jesús estaba siempre ante sus ojos infantiles, los nombres de Jesús y María fueron los primeros que aprendió a pronunciar. Escuchaba las historias de los amigos de Dios, los santos, mientras yacía en su pequeña cuna, y la mano de su madre le sostuvo mientras decía las oraciones de bebé. Unos años más tarde, en toda la gloria de un roquete y sotana impecables, se arrodilló ante el altar para ayudar a Misa por primera vez. ¿Fue entonces, mientras se movía entre los ángeles invisibles, que Dios todopoderoso lo eligió para ser su Sacerdote?

Así, paso a paso, fue guiado por consejos y exhortaciones a través de los peligros de la juventud, hasta que finalmente sus propias manos consagradas descansaron sobre las cabezas inclinadas de aquellos padres que lo habían llevado al Altar de Dios, devolviendo al Creador el niño que habían recibido de Él.

Por desgracia, algunos padres consideran una vocación en la familia como una especie de catástrofe social. Tal vez no lleguen a aplastar directamente el deseo de una vida más sublime, que Dios ha sembrado en el corazón de sus hijos, pero no lo alientan. Hablan de las ventajas de las diversas profesiones, la fama de tener una buena profesión, la gloria de triunfar en la vida, olvidando la sentencia de San Vicente de Paúl: “No hay trabajo más grandioso en la tierra que formar un Sacerdote”, y olvidando que ningún llamamiento es más noble o más honorable que trabajar por la salvación de las almas como embajador de Cristo. Siendo así, no es de extrañar que los corazones de tan pocos jóvenes sean inflamados por esta santa ambición, la más noble: el anhelo de servir al Rey de reyes, de aspirar a la indescriptible dignidad del sacerdocio.

Un ejemplo admirable: la señora Vaughan, madre del Cardenal primado de Inglaterra muerto en 1903, pasó una hora cada noche, durante veinte años, rezando para que todos sus hijos fuesen religiosos; por lo que sus cinco hijas entraron en conventos, cuatro de los hijos llegaron a ser Obispos y otros dos eran Sacerdotes. ¿Ya no quedan padres y madres capaces de alentar a sus hijos a escoger la vida más grandiosa de todas, el servir al Rey de Reyes, la lucha por almas preciosas y la extensión del Reino de Cristo; o es algo que ha de ser ignorado y nunca mencionado?

El gran cardenal suizo Mermillod escribió una vez: “¡Mujeres cristianas!, vuestros corazones de madre no arden lo suficiente con el amor divino para que sus suspiros produzcan el corazón de un Sacerdote. ¡Oh!, pedid a Dios que vuestras familias puedan dar hijos a la Iglesia; pedidle precisamente, nazca un apóstol: para hablar a los hombres acerca de Dios, para iluminar el mundo, para servirlo en el altar, ¿no es esto, por cierto, un grande y magnífico destino?”



Incluso aquellos padres que no han sido bendecidos con un hijo, pueden hacer mucho para ayudar a encontrar reclutas para el grandioso ejército de Dios. Unas simples palabras dirigidas al alma de un niño pueden ser el medio para sembrar la semilla de una vocación en su corazón, haciéndole pensar en lo que algún día podría llegar a ser.

Hace más de cien años, una rica dama católica dedicó su vida al noble trabajo de educar a chicos pobres para el sacerdocio. En un solo año ayudó a trescientos cinco seminaristas, y en treinta años gastó su gran fortuna en la educación de cientos de Sacerdotes, muchos de los cuales nunca habrían llegado a celebrar los Misterios Sagrados sino por su generosidad y sacrificio. En este mundo, incluso, ella cosechó su recompensa: “Mi joven Sacerdote chino bautizó a 1500 niños paganos en el primer año de su ministerio. A causa del descuido previo de sus padres, la mayoría de ellos

murieron poco después del bautismo y fueron al Cielo. Y estos 1500 niños, arrebatados a Satanás, son sólo una parte de los frutos del trabajo de su primer año de sacerdocio.”

Dar el hijo a Dios y su obra puede ser un sacrificio para un padre o una madre, pero ninguna alegría en la tierra puede igualar a la de los padres que ven de pie en el altar, con el Dios de toda santidad en sus manos, al muchacho que debe su vida, su todo, a ellos. Sólo ellos pueden entender la profundidad del sentimiento en la siguiente carta, escrita por una madre en la mañana de la primera Misa de su hijo:

«Bendice a Dios conmigo; ahora soy la madre de un Sacerdote. Cuando, hace veinticuatro años, me nació un hijo, recuerdas que casi me sobrecogió la intensidad de mi alegría. Lo vi viviendo a mi lado, extendiendo mi mano hacia la cuna para asegurarme de que mi sueño, realizado en la carne, en verdad estaba acurrucado allí. ¡Cuán diferente, cuánto más alto es el gozo que hoy llena mi alma de emociones nunca antes experimentadas! Las manos, tan pequeñas hace veinticuatro años cuando las besé con tanto cariño, ahora son manos consagradas, destinadas a sostener el Pan de la Vida. Ese intelecto, que a través de mí recibió su luz, ahora queda reservado para el servicio de Dios. Ese cuerpo, que he cuidado y arreglado, pasando muchas noches sin dormir cuando la enfermedad intentó llevárselo, ese cuerpo ahora está consagrado; es el siervo del alma de un Sacerdote, que se gastará en regenerar a los pecadores, enseñar a los ignorantes, dispensar al Señor mismo a todos los que lo busquen. Ese corazón, ese corazón virgen, que no tocó ningún otro corazón excepto el mío, ahora es sagrado. Cuando Dios coloque en su camino a un pecador errante, qué bien sabrá qué palabras son las mejores para fortalecer a tal persona y traerlo de vuelta a la verdad. Sí, él irá haciendo el

bien; él será un Sacerdote según el Corazón de Jesús. Allí estaba en pie, alto y serio. Había algo glorioso en su aspecto. Yo no estuve lejos del presbiterio. Embelesada por lo que vi, no me atreví a moverme. Al momento lo vi arrodillarse ante la Sagrada Hostia, y parecía que yo escuchaba sus pensamientos. No pude orar; sólo pude tartamudear: “Dios Todopoderoso, te agradezco, te agradezco. Este Sacerdote era mío. Lo formé. Su alma se encendió de mi alma. Él ya no es mío más. Es tuyo. Guárdalo de toda sombra del mal. Él es de la tierra, terrenal; sálvale de ofenderte alguna vez. Dios Todopoderoso, te amo, lo amo, lo reverencio: él es tu Sacerdote.” En la Sagrada Comunión, el monaguillo me vio venir y rezó el Confíteor; el celebrante se volvió hacia mí y levantó su mano; fue la absolución para su madre. ¡Mi hijo! Sollozó, creó; luego tomó el copón y se dirigió hacia mí. ¡Qué unión! Dios, su Sacerdote, y yo. ¿Rezaba yo? No lo sé. Una paz extraña tomó posesión de mi alma, que estaba llena de amor y agradecimiento. ¡Dios mío y mi hijo! Estoy casi demasiado feliz. Ha habido días dulces en mi vida, pero este es el más feliz de todos. Por primera vez tengo una idea de cómo se va a pasar el instante sin fin de la eternidad con Dios».

Es interesante la historia de la estampa que está en el libro ¡Comulgad bien! El niño René pregunta a su madre: “Pero, Mamá, ¿está Jesús realmente detrás de esa pequeña puerta dorada? ¿Él nunca se va? ¿Alguna vez se cansa? ¿Nunca tiene hambre o sueño? ¿Y cómo entró allí?” Dos ojos grandes, llenos de preguntas ansiosas, miraron a la cara de la madre, como temerosos de que la historia de Jesús, que vivía en el Sagrario, no fuera en realidad cierta. “Mamá, ¿cómo entró allí?” La dama sonrió de placer al ver lo profundamente que sus palabras habían penetrado en el corazón de su pequeño hijo, de cinco años de edad; y levantándolo en sus brazos, mientras estaba sentada frente al altar en la capilla de su castillo, le explicó los misterios del Santo Sacrificio y las maravillas de la Presencia Real. El niño escuchaba ansiosamente



mientras su madre le contaba sobre aquellos a quienes Dios había elegido para ser sus Sacerdotes, y del poder que se les había otorgado, a ellos sólo, de traer al gran Dios del Cielo para vivir con nosotros en la tierra. Ella le dijo lo que un Sacerdote podía hacer; cómo podía lavar cada pecado y restaurar el alma muerta a la vida; devolver la paz y la felicidad a los quebrantados de corazón; cambiar el pan y el vino en la Misa en el Cuerpo viviente de Cristo, y llevarlo en sus manos para que sea el alimento de los demás. “El santo Sacerdote hace todo eso, René, y es él quien pone al querido Jesús en el Tabernáculo, para que puedas ir a Él y pedirle todo lo que quieras. Él siempre está contento de verte venir a visitarlo; nunca se cansará de tu compañía, y, tal vez, si se lo pides a Él, René, algún día podría convertirte también en uno de sus Sacerdotes, y dejar que lo tengas en tus manos consagradas.” Al pasar delante de la capilla tarde esa noche, la madre notó que la puerta estaba medio abierta y, mirando dentro, vio a su hijito parado en los escalones del altar. La luz de la lámpara iluminaba su cabeza rizada, mientras, con una mirada de asombro y de ansiosa expectación en su rostro, extendió sus manos regordetas hacia el Tabernáculo y susurró: “Jesús, ¿estás ahí? Mi madre dice que sí; pero, Jesús, ¿es realmente cierto?” Con el corazón palpitante, la madre se quedó clavada en el lugar, mientras veía a su pequeño René llevar una silla y subir al altar. “Debe estar dormido”, murmuró, “lo despertaré.” Toque, toque, toque, sobre la puerta del Tabernáculo. El niño hizo una pausa y se inclinó para escuchar una respuesta. Toque, toque. “¡Oh Jesús!”, exclamó, con un sollozo de desilusión en su voz, “siento tanto que estás dormido,

porque quería pedirte que me hicieras un santo Sacerdote. Quiero tanto ser Sacerdote para que pueda abrazarte y besar tu carita tan a menudo como me plazca. Buenas noches, ahora, querido Jesús; pero cuando estés despierto mañana, volveré contigo, porque sí que quiero, ¡oh, tanto!, ser algún día un santo Sacerdote.” René tenía razón en su afán, porque la ambición más noble que puede llenar el corazón de cualquier niño es el deseo de ser uno de los santos Sacerdotes de Dios.

En nuestras iglesias se guardan los vasos sagrados para el servicio del altar. Están custodiados con celoso cuidado, porque la unción con los Santos Óleos les ha dado el carácter sagrado; nunca más volverán a ser profanos; su contacto con el Preciosísimo Cuerpo y Sangre de Jesucristo les ha impartido algo de su santidad. El cuerpo de un Sacerdote también es una vasija de santidad, apartado únicamente para el servicio del altar, bendecido por la imposición de las manos del Obispo, consagrado por el óleo sagrado de la ordenación,

separado del amor humano y de los placeres terrenales por un voto solemne de castidad. Alrededor de ese cuerpo frágil pero sagrado, el Todopoderoso ha extendido sus brazos protectores, y trueno infortunios contra sus violadores, para que nadie toque al ungido del Señor, porque Él le ha separado de los demás para que sea enteramente suyo. El Sacerdote ha de ser santo, inocente, inmaculado, separado de los pecadores, y procurar ser digno de servir a Dios.

Cuando el candidato se arrodilla en los escalones del altar y extiende sus manos para su unción, es un momento muy solemne en la ceremonia de Ordenación. Esas manos sagradas se elevarán para bendecir a los inocentes y absolver al pecador, verterán las aguas del Bautismo sobre el bebé recién nacido, bendecirán los lazos sagrados del Matrimonio y ungirán el cuerpo del cristiano moribundo para prepararlo para su viaje a la eternidad. Muchas veces se unirán en oración y se extenderán ante el trono del altar en muda súplica por las almas de los hombres; su poder secreto romperá las cadenas del pecado, empujará al infierno a los espíritus de las tinieblas y alejará del mundo malvado la ira de Dios ofendido. Las manos de cada Sacerdote son sagradas y santas: no solo pueden bendecir, absolver y fortalecer, sino también sostener y tocar el Cuerpo viviente del Señor.

“He aquí sobre los montes los pies del que evangeliza, y anuncia la paz.” Tales son los pies del mensajero del amor de Dios, siempre listo para apresurarse a la cabecera de los enfermos y moribundos, trayendo esperanza y consuelo, perdón y reconciliación a los pecadores. Por la mañana van al altar de Dios para ofrecer el Sacrificio diario; vuelven del tabernáculo y van al asiento de la misericordia: el confesionario; de día y de noche corren apresuradamente por las calles y callejuelas de nuestras ciudades, cruzan los valles y ascienden por la montaña, con calor o con frío, o con humedad y lluvia, porque las almas siempre claman por el consuelo que llevan. A menudo, como los pies del Maestro, están cansados de ir tras los pecadores, buscando a las ovejas perdidas de la casa de Israel; pero el sonido de su llegada significa llevar la salvación a esos hijos amados de Dios y arrebatarlos de los fuegos del Infierno. Con estos pensamientos en su mente, Santa Catalina de Siena solía arrodillarse y besar las huellas de los pies de los Sacerdotes al pasar junto a ella en su misión de paz y misericordia.

Santos, también, son los labios del Sacerdote, habilitados para pronunciar palabras que ningún otro hombre puede hablar. Labios santos, dedicados a cantar las alabanzas de Dios y a interceder por la humanidad. Labios que hablan en nombre de Dios para perdonar los pecados del moribundo y asegurarle que puede presentarse con confianza delante de su Creador. Labios santos, cuya misión es santificar, perdonar y consolar; ¡cuyas órdenes obedece el Señor de los Ejércitos, haciendo siempre que la tierra sea más brillante y el Cielo más cerca, por el maravilloso poder que les ha dado desde lo alto!

Ojos santos que están cerrados a las cosas terrenales, ya que deben mirar tan a menudo la belleza deslumbrante de la Hostia consagrada; ojos que se encuentran con la mirada pura de Dios, escondido día tras día durante la Misa. Oídos santos, el amigo de confianza de innumerables almas, a los que se les confiesan secretos que nadie más puede escuchar, en los que se descargan los pecados, las penas, las miserias del corazón humano, y así aligeran un poco la carga aplastante de la fatigada peregrinación de la tierra.

Es Sacerdote para siempre, apartado del mundo para ofrecer el santo Sacrificio por los pecados. Mientras el Obispo ordenante pone sus manos sobre la cabeza inclinada ante él, Cristo sella el alma del nuevo Sacerdote con su misteriosa marca o carácter indeleble. Los Ministros de la Iglesia de Dios llevan grabado en sus almas ese signo de la ordenación, que nunca podrá borrarse. A los ojos de Dios y su corte celestial, él ya no es un hombre, un hijo pecaminoso de Adán, sino “otro Cristo”.

“Si me encuentro con un ángel y un Sacerdote”, dijo San Francisco de Asís, “saludaría al Sacerdote antes que al ángel.” Tu es Sacerdos in ætérnum: “Tú eres un Sacerdote para siempre”, está escrito en su alma; para siempre es un Sacerdote del Altísimo con poder sobre el Todopoderoso. Para siempre, ya sea un santo en la tierra o enfangado en el pecado, ya sea glorioso en el cielo o ardiendo en el infierno, “marcado y sellado y firmado” como el tesoro más precioso de Dios que ninguna mano terrenal ha de tocar. Sí, René tenía razón: “Querido Jesús, quiero ser un Sacerdote santo”, porque no hay ninguna profesión terrenal más gloriosa, ninguna más honorable, que la vida de aquellos que son llamados para servir a Dios en el Altar y salvar almas.

Volvamos nuestros pensamientos a los días de Nuestro Señor, al tiempo en que el manso Salvador vivía entre los hombres. En la soledad de la cima de una montaña, con la cabeza inclinada y las manos alzadas, el Divino Redentor pasa la noche arrodillado en oración para que la bendición de su Padre Celestial descienda sobre la obra que está a punto de hacer. Y cuando llegó el día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos a quienes también llamó Apóstoles. El Salvador debe haber mirado con amor al pequeño grupo, porque iban a ser sus Sacerdotes, los primeros ministros de la Nueva Ley que había venido a establecer del Cielo.



Sólo eran pescadores, pobres y rudos, pero, fortalecidos con la comisión divina de “enseñar y bautizar”, cada uno de los doce llevaría el nombre de su Maestro hasta los confines de la tierra. A ellos les daría un poder que no poseen los poderosos ángeles, el poder de “atar y desatar”, y el de convertir el pan y el vino en su propio Cuerpo y Sangre.

Al ver la humildad temblorosa de sus atónitos seguidores, Cristo dijo: “No me elegisteis vosotros a Mí, sino que Yo os elegí a vosotros” para un honor y una dignidad desconocidos en el mundo hasta entonces. “Ya no os llamaré ahora siervos... Mas a vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre.”

“Vosotros sois la sal de la tierra” para sazonar la vida de los hombres con el sabor de la santidad; “vosotros sois la luz del mundo” para llevar a cada alma extraviada hacia Mí. Profundamente consciente de su gran indignidad, de sus faltas y defectos, aunque sean muchos, el Sacerdote nunca puede olvidar la excelencia de su vocación y que él es el elegido de Dios. “Yo, el mismo Dios, te he elegido”, suena en sus oídos mientras otros le saludan. Ese: “te he elegido” lo convierte en el bienvenido huésped en todas las casas, le da el lugar de honor donde quiera que vaya; si él no tuviera en cuenta los favores que ha recibido, la cabeza descubierta y la reverencia de los que conoce, le recuerdan que otros ven en él al Sacerdote, no a un hombre pecador, sino al querido amigo de Cristo, al elegido para una obra santa.



San Martín de Tours estuvo cenando una vez en la mesa del emperador Máximo, en compañía de todos los dignatarios de la corte. El emperador llenó su copa de vino y se la presentó al santo, pidiéndole que se la llevara al invitado más distinguido en la sala del banquete. San Martín se levantó, y pasando junto a los príncipes y nobles del cortejo real, colocó la copa ante su capellán, exclamando: “¿Quién es más digno de este honor que un Sacerdote de Jesucristo?”

Un filósofo escribió: “¡Nadie ha recibido una tarea más importante que la del sacerdocio! ¡Es un honor gigantesco entregarse al sacerdocio y agotarse en ello!”

Dios siempre ha deseado ser adorado por el sacrificio. Abel le ofrecía lo más selecto de los primogénitos de su rebaño, quemando a la víctima inmolada como un holocausto grato a Dios. Noé, en agradecimiento por su liberación del Diluvio, construyó un altar al Señor, y así en cada época el “dulce olor del sacrificio” ascendía diariamente ante el trono de Dios hasta que, con la venida de Cristo, finalmente se cumplió la profecía de Malaquías: “en todo lugar se sacrifica y ofrece a mi Nombre ofrenda pura,” el adorable Sacrificio del Calvario repetido en la santa Misa. Esta es la gran obra del Sacerdote: ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa.

El sacrificio, que es un acto solemne y público de adoración, ofrecido en nombre y por el bienestar de la gente, es un acto de religión que sólo puede ser realizado por alguien que ha sido especialmente elegido, llamado y facultado para desempeñar el oficio de sacrificador; por lo tanto, ningún sacrificio puede existir sin el sacerdocio.

El Sacerdote se acerca cada día al Altar del Sacrificio, para el más grande y tremendo de los misterios, para ejercer el oficio de mediador entre el Creador y sus criaturas. Los pecados del mundo están clamando al Cielo por venganza, pero el Sacerdote, el hombre que Dios ha elegido para colocarlo entre Él y el mundo malvado, tiene el poder de desviar el brazo enojado de la Justicia Divina y alcanzar el perdón y misericordia para el pecador.

Un eminente juez irlandés, que oía Misa todos los días en su propio oratorio antes de irse a los tribunales, se acostumbró a mostrar a su capellán toda muestra de respeto y estima. Con sus propias manos vertía el agua sobre los dedos del Sacerdote, sosteniendo la toalla mientras los limpiaba; lo ayudaba a ponerse las vestiduras sagradas, él mismo servía a la Misa y, de muchas otras maneras, se esforzaba por impresionar a los presentes con la dignidad de su capellán. “Cuando estoy en el tribunal”, dijo una vez, “siempre tengo en cuenta que soy el representante de su majestad el Rey, y espero y exijo que todos se acuerden de mostrarme

el honor debido a mi rango; un Sacerdote es el embajador de Cristo, el Rey de reyes, y por lo tanto aún más digno de todo el honor que podamos rendirle.”

¡El embajador de Cristo! ¡Un título glorioso que le corresponde! Como embajador, enviado por el Rey del Cielo y la Tierra para llevar su mensaje de paz y buena voluntad a todos los hombres; un conquistador, con poder para romper las cadenas del infierno y liberar a las almas cautivas por las cadenas del pecado; un consolador, llevando el bálsamo de consuelo a los corazones sangrantes, devolviéndoles la felicidad por la certeza del perdón; el representante de Dios mismo, puesto para continuar su propia obra: “Se me ha dado toda potestad en el Cielo y en la Tierra. Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio a toda criatura. Id, pues, y enseñad a todas las gentes... Y quien a vosotros oye, a Mí me oye; y quien a vosotros desprecia, a Mí me desprecia... Mirad que Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.”

No es de extrañar, entonces, que cierto santo, a quien Dios le había otorgado el favor de ver a su Ángel de la Guarda en forma corporal, notó en la mañana de su Ordenación que el Ángel, que siempre había ido delante de él, ahora caminaba detrás. La corte celestial había visto el maravilloso cambio forjado en el alma por la imposición de manos, aunque escondido a los ojos humanos.

“Yo puedo gobernar los cuerpos de los hombres”, exclamó Napoleón, “pero la realeza de un Sacerdote es sobre las almas; ¡qué dignidad puede igualar esto!”

Criado y elegido por Dios para ser su representante terrenal, el guardián y protector del rebaño de Cristo, el Sacerdote está preparado para su elevada vocación por la plenitud de la gracia derramada sobre él por el Sacramento de las Sagradas Órdenes, y se le da poderes de cuya magnitud apenas puede darse cuenta.

Y qué decir del milagro de la Santa Misa. “Ahora se ordenan muchos Sacerdotes”, dice Santo Tomás de Kempis, “y se ofrece a Cristo en diversos lugares.” La fuerza de la costumbre ha hecho que el Santo Sacrificio ya no sea considerado una maravilla, pero si Nuestro Señor no lo hubiera mandado, ¿quién se hubiera atrevido a hacer esto en memoria suya?



Para que fuera realizada la primera Misa ofrecida a Dios, el Sacrificio de su propio Hijo amado, se necesitaron muchas cosas. Tuvieron que transcurrir miles de años de oración y anhelo por el Redentor prometido; la inmolación del Cordero Pascual, con sus misteriosos ritos y ceremonias; el nacimiento de la Virgen Madre, con su alma embellecida con todas las virtudes necesarias para su gloriosa misión. Luego vinieron los treinta años de vida oculta, la traición, la burla y la flagelación, hasta que la inocente y sangrante Víctima fuera inmolada en el altar de la Cruz.

Todo lo que se necesita ahora es la piedra consagrada, el pan y el vino, y que haya un Sacerdote, porque “en cualquier momento está en su poder llamar al Señor de la Gloria con palabras santas para que baje a la tierra, bendecirlo con sus labios, sostenerlo en sus manos, recibirlo en su boca, y distribuirlo a los fieles, mientras al mismo tiempo los ángeles le rodean reverentemente para honrar a Aquel que es sacrificado.”

“El poder del Sacerdote”, exclama San Bernardino de Siena, “es comparable al poder de la Santísima Virgen; María trajo al Hijo de Dios sólo una vez a este mundo, el Sacerdote puede hacerlo a diario.”

“Todo lo que desatareis sobre la tierra, desatado será también en el Cielo.”

No contento con someterse humildemente a la voluntad del Sacerdote, Dios le ha dado el derecho de juzgar los pecados de los hombres y el poder de liberarlos de la deuda que le deben a su Majestad ofendida.

“Vete, y muéstrate al Sacerdote”, dijo Jesús, lo que significa: “él es mi representante en la tierra, que tiene en sus manos el poder de Dios. No importa cuáles sean tus pecados, no importa cuan numerosas o repetidas veces sin número, si sólo él te perdona, Yo también. Su autoridad, su derecho a perdonar es absoluto, porque le he dicho: ‘Todo aquello que atareis sobre la Tierra, atado será también en el Cielo; y todo lo que desatareis sobre la Tierra, desatado será también en el Cielo.’”

Confiado en esa promesa, porque Dios es fiel y no puede engañar, el pobre pecador se arrodilla a los pies de su confesor. Sabe que no está hablando a un hombre ordinario, sino a “otro Cristo,” y humilde pero confiadamente, le vierte en su oído los secretos de su alma. Su vida ha sido una triste historia de pecado y vergüenza. El amor de Dios ha sido despreciado, su misericordia abusada; el crimen y la iniquidad acumulados hasta que sus pecados fueron más numerosos que las arenas en las orillas del mar. El pecador ha arrojado el rayo de la destrucción contra sí mismo; se ve despojado de toda partícula de gracia y mérito

santificadores; la virtud de la caridad se ha ido; el Espíritu Santo con sus dones se ha retirado, y ante sus pies se abre la boca del abismo del infierno para toda una eternidad. Lo que él ha dicho en confesión, nadie lo sabrá nunca; el dolor llena su corazón; escucha las palabras: “Yo te absuelvo de tus pecados”, y la horrenda carga del pecado cae de su alma para siempre. Vuelve apresurado el Espíritu Santo a su templo terrenal, expulsando a los poderes de las tinieblas; la gracia y el mérito perdidos por el pecado se restauran; las puertas del infierno quedan cerradas; y el alma del que hasta hace poco era enemigo de Dios, sellado con el signo de la condenación, es una vez más su hijo, heredero del Reino de los Cielos.



Ha habido algunos santos que resucitaron muertos, haciendo que el cuerpo muerto volviera a vivir, aunque de todos modos algún día se convertiría en polvo; el milagro que realiza el Sacerdote es mucho mayor, porque restaura un alma muerta, digna de condenación eterna, y le da la vida de la gracia que, si no la pierde por el pecado, le valdrá la vida eterna.

“¡Oh! Padre”, exclamó un oficial al terminar su confesión, “dile al mundo que no hay felicidad que pueda compararse con lo que he encontrado aquí a tus pies. Dios me ha dado riquezas y gloria. Nunca me he negado a ninguno de los falsos placeres y alegrías pasionales, pero todo eso no es nada comparado con la alegría de este día, la felicidad del perdón.”

“¿No sabes,” dijo Pilato, “que tengo poder para crucificarte, y que tengo poder para soltarte?” Respondió Jesús: “No tendrías poder alguno sobre Mí, si no te hubiera sido dado de arriba.” El ministro de Dios bien sabe que los grandes poderes que le fueron otorgados en la Ordenación, “le fueron dados de arriba”, para ayuda espiritual del rebaño confiado a su cuidado. A él le traen los pequeños para que las aguas del Bautismo los conviertan en hijos de Dios; sólo él puede romper las cadenas del pecado y devolver la vestimenta nupcial de la gracia. Si fuera quitado del mundo, la Misa debería cesar y sin la Misa se romperían los lazos de comunicación entre Dios y la humanidad; Cristo ya no bajaría de su trono de gloria, y el Sagrario, divina prisión en donde su Cuerpo viviente ha permanecido oculto durante siglos, quedaría vacío.

Al Sacerdote se le da la feliz tarea de preparar el banquete eucarístico, de repartir el Pan de Vida y alimentar con el alimento de los ángeles a las almas hambrientas de amor. Su mano puede bendecir el vínculo matrimonial, curar el cuerpo enfermo mediante la unción sagrada y fortalecer al alma, absuelta y consolada, en su camino hacia el Paraíso. A él se le dan incluso las “llaves del Reino de los Cielos”, su poder se extiende más allá de la tumba, ya que la facultad de “atar o desatar”, significa que lo que él aprueba en el tribunal de penitencia, es ratificado en el tribunal de la Eterna Justicia.

¡Qué poco piensa el mundo en el Sacerdote de Dios! ¡Qué poco reconoce todo lo que a él debe! El castigo eludido por pecados cometidos, las gracias que ha ganado para los demás, la ayuda que ha prestado a los corazones cansados, las almas que ha salvado del infierno. El Sacerdote sigue su camino, despreciado y odiado por los mundanos, sus faltas y defectos muchas veces exagerados, como si no fuera un hombre de carne y hueso; pero el poder de Dios va con él, la gracia de Dios lo rodea, y, al mismo tiempo, recibe el amor, el respeto y la reverencia de parte de aquellos que saben todo lo que deben al humilde Sacerdote, al embajador de Cristo en la tierra.

Armado con las armas de su vocación sagrada, el Sacerdote es siempre un instrumento para el bien; y si además está fortalecido por el poder de una gran santidad personal, se convierte de hecho en terror para el infierno.

En la pequeña aldea de Ars, cerca de Lyon, vivió y murió un simple cura francés. No tenía ninguno de los grandes dones que el mundo busca en sus hombres famosos; tan deficiente era en los estudios, que su Obispo vacilaba en ordenarlo, y no brillaban en él ni el talento ni la elocuencia. Pero el Santo Cura de Ars poseía un maravilloso y secreto poder sobre los hombres, el poder de la santidad personal. Durante sus últimos treinta años su vida nunca varió: a medianoche, después de haber descansado sólo tres horas, entraba en su confesionario, donde durante dieciocho horas absolvía y consolaba a los cien mil peregrinos que cada año acudían a Ars. Se deleitaba en las austeridades y humillaciones, tenía hambre de oración, ganaba almas para



Dios y convertía a los pecadores más endurecidos con el ejemplo de su vida heroica y con las gracias de su santidad.

Francisco Javier también fue un Sacerdote santo, y así, en diez cortos años, pudo plantar el estandarte de la Cruz en cincuenta y dos reinos y bautizar, con su propia mano, a más de un millón de paganos. El famoso Cardenal Perronne solía decir: “Si sólo se necesitara aprender para refutar a los calvinistas, espero lograrlo; pero para convertirlos, hay que enviarlos al santo Francisco de Sales.” La santidad en cualquiera es una poderosa fuerza para el bien, pero la santidad sacerdotal tiene un poder que cautiva a todos los hombres, aterroriza al infierno y gana el Corazón de Dios.

“Para salvar almas” es una expresión que a menudo aparece en los labios de muchas personas, pero ¡cuán poco reflexionan sobre todo lo que yace oculto en esas palabras! Salvar una vida es un acto de heroísmo que gana la admiración de cualquier persona; pero salvar un alma inmortal y devolvérsela a Dios, pasa desapercibido en el mundo.

Hace algunos años en una ciudad, estalló un incendio en un almacén, ubicado en la planta baja de un edificio cuya planta superior ocupaba una vivienda, con tal rapidez que, en unos momentos, todo el edificio era un horno ardiente. Los moradores apenas tuvieron tiempo de salvar sus vidas y un suspiro de alivio subió entre la cantidad de gente que se iba juntando ante el espectáculo, cuando se supo que todos habían salido de manera segura. Pero de repente se oyó un grito de horror entre el gentío y todos los ojos se volvieron hacia la ventana superior, donde un niño de diez años, con cara pálida y ojos aterrorizados, trataba en vano de derribar las barras de hierro de la ventana. Desesperadamente extendió sus manos, gritando, pidiendo ayuda, mientras las lenguas rojas de fuego, que pronto lo envolverían en su ardiente abrazo, se arrastraban más y más alto.



Unos hombres valientes quisieron entrar en aquel horno, en un loco esfuerzo por salvar al niño, pero fueron retenidos por otros hombres no menos valientes que ellos, que sabían que era una locura entrar ya al edificio. “Las escaleras están ardiendo”, gritaron, “en cualquier momento puede caer el techo. ¡Dios ayude al pobre niño, sus sufrimientos pronto terminarán!”

Un momento más y un bombero entró corriendo al edificio en medio de las rugientes llamas. Un silencio de muerte cayó sobre la multitud; los rostros de los hombres fuertes palidecieron, porque nadie esperaba volver a ver a ese héroe. De pronto, de todas las gargantas salió un suspiro expectante, porque allí, junto a la ventana, el chico, cogido con seguridad, se encontraba ya en los brazos del intrépido bombero. Rápidamente se alzó el escape, y en pocos segundos el rescatado y el rescatador estaban a salvo en el suelo, justo en el momento cuando el techo ardiendo cayó con gran estrépito.

Fue un acto noble, y todos aclamaban de corazón y con admiración al héroe sin nombre. Sin embargo, después de todo, ¿qué había hecho él? Había salvado la vida de un niño, le había dado al muchacho unos pocos años más para gastar en este pobre mundo, que, en el mejor de los casos, no es más que un valle de lágrimas. Mas, ¿qué es esto en comparación con salvar un alma inmortal? ¿Qué significa salvar un alma? Significa rescatar a alguna pobre criatura de los interminables y eternos tormentos del infierno, de las llamas del abismo sin fondo, y darle a cambio la bendición indescriptible del Cielo para toda la eternidad. ¿Qué comparación puede haber entre los dos? Si es una acción noble y alabada el salvar una vida que sólo puede durar unos pocos años, ¿qué debemos pensar del arrebatar un alma de la miseria sin fin? Qué felices deberíamos sentirnos, si al morir, pudiéramos decir, “hay un alma en el Cielo que estaría ahora en el Infierno, si no hubiera sido por mí.” Qué consuelo sería tal pensamiento para un hombre moribundo; con qué confianza iría ante el Tribunal del Juicio si pudiera mirar hacia atrás y decir que en su vida en la tierra había ayudado a salvar una sola alma inmortal.

¿Quién puede medir lo que un Sacerdote santo y celoso hace por la salvación de las almas? A veces Dios le da la felicidad de absolver a un pecador moribundo, literalmente de arrebatarlo en el último momento de las garras del demonio, pero la mayor parte de su glorioso trabajo permanece escondido a sus ojos. Aún así, continúa valientemente, luchando en batalla interminable por personas que mueren diariamente, porque bien conoce el valor infinito de sus Misas, el omnipotente poder salvador de la Preciosísima Sangre que ofrece por



los pecadores, y cuán fácil es para un Sacerdote ganar del Sagrado Corazón de Cristo la misericordia y el perdón para las almas por cuya salvación murió.

Es conmovedor recordar el ardiente suspiro que se desprendió de los labios de San Francisco Javier poco antes de morir, mientras contemplaba la población que anhelaba evangelizar: “¡Almas, almas! ¡Oh Dios, dame almas!” El grito de hoy es: “¡Sacerdotes, Sacerdotes!, ¡envíanos Sacerdotes!” porque la siega está esperando, pero no hay quien la recoja.

“Lo que Cristo hizo y sufrió”, dice el Padre Grou, S.J., “lo hubiera soportado para la salvación de una sola alma. La salvación de un alma es, entonces, el precio de la Sangre de Dios, el precio de la muerte de Dios, el precio del mayor sacrificio que Cristo podría hacer, lo que prueba que el valor de un alma está más allá de toda comprensión.” “Si pudieras ver la belleza de un alma, estarías tan enamorado de ella que no harías nada más que pedirle almas a Dios,” dijo Santa María Magdalena de Pazzi.

Conociendo en su profundidad el poder de un Sacerdote, el diablo, “el enemigo de la raza humana”, se esfuerza poderosamente en ahogar en los corazones las semillas de la vocación y en sofocar la santa aspiración de estar un día de pie ante el Altar, porque le echa a perder el trabajo del Infierno en la perdición de las almas.

Muchas almas generosas han perdido su coraje y han vacilado en su decisión al pensar en las inmensas responsabilidades que el Sacerdote carga sobre sus hombros.

Consideran con razón que el poder conferido a un hombre por medio de la Ordenación y la dignidad que recibe son tremendos y que “a todo aquel a quien mucho fue dado, mucho le será exigido.” Piensan en la pureza de corazón y de las manos, en la santidad de la vida, en el brillante ejemplo de todas las virtudes que se espera de los guardianes del Santo de los Santos; se dan cuenta de que el cuidado de las almas es una pesada carga y una responsabilidad que no debe emprenderse precipitadamente, y que aunque la ordenación sacerdotal otorga una vocación al hombre, no significa que todos valgan para Sacerdotes. Esto se ve en el caso de Judas, de quien dijo el Señor: “Más le valiera a aquel hombre no haber nacido.”

Sin embargo, aquí se esconde una astuta trampa del espíritu maligno, que debe ser superada por una gran confianza en la bondad de Aquel que nunca negará su ayuda a aquellos que ha escogido para hacer su trabajo. “Dios nunca llama”, dice San Bernardino, “sin dar, al mismo tiempo, a los que llama la gracia suficiente para el logro del fin al que son llamados.”

Aunque los peligros de la vocación sacerdotal no son pocos, sus ayudas y salvaguardias son muchas. Las tentaciones, conocidas sólo por el propio Sacerdote, surgen en los lugares más inesperados. Debe caminar cautelosamente para evitar los riesgos que se presentan a su paso; debe estar preparado contra los peligros que asechan el alma y el cuerpo; sabe que podrá encontrarse “en peligros de las ciudades, en peligros del desierto, en peligros del mar, en peligros de los falsos hermanos” y, sobre todo, tiene que estar preparado para resistir los combates nacidos de la envidia y del odio de Satanás, deseoso de zarandear a todos los Sacerdotes como trigo. En medio de todo esto, el Sacerdote recuerda que Cristo ha orado también por él para que su fe no falte, lo que refuerza su valor para la lucha, y fortalecido con la gracia que proviene de la Santa Misa, la oración del Santo Rosario Penitencial y el cumplimiento de sus deberes sagrados, descansa seguro, confiando en la promesa de su Maestro.

No pocos son alejados del servicio de Dios por una desconfianza en su propia habilidad, o por el temor de nunca poder adquirir la erudición requerida en un Sacerdote. En la adquisición del conocimiento, no siempre el correr es más rápido: la paciencia y la perseverancia harán el mismo trabajo más eficazmente que los vuelos erráticos de un genio. La experiencia demuestra que el buen juicio con logros moderados es mucho más útil para la religión que los talentos brillantes combinados con deficiencias prácticas. Las ocasiones para la exhibición de la genialidad son raras; las oportunidades para el ejercicio del sentido común y la discreción ocurren constantemente. La Iglesia recientemente dio el título de Magno Doctor a uno que estaba tan necesitado de talento y capacidad para estudiar, que sus superiores le aconsejaron, varias veces, que abandonara el seminario. Incluso como Sacerdote, el Santo Cura de Ars habló a menudo del trabajo y el dolor que le costaba la preparación de sus sermones, calificándolo como la mayor prueba de su vida; sin embargo,

nadie fue consultado con más frecuencia en casos difíciles, porque sus respuestas estaban llenas de sentido común y de la sabiduría celestial que encontró en la oración.

Cuando todo lo demás falla, el diablo se transforma a sí mismo en un ángel de luz y juega el papel del devoto humilde: llena el alma del joven aspirante con un sentido de su propia indignidad para un llamamiento tan excelso, por su inclinación al pecado, recordándole las caídas de sus primeros días, las veces que ha cedido a la tentación y cuánto carece, incluso ahora, de sólida virtud y santidad.

Para aquellos que han contraído el hábito de algún pecado, puede aplicarse acertadamente la advertencia de Dios Todopoderoso a Moisés: “No te acerques acá... porque el lugar, en que estás, es tierra santa.” El sostener en sus manos al Dios de la Pureza no es para ellos, al menos hasta cuando hayan dado abundantes pruebas de ser puros en las manos y limpios de corazón.

Pero esto no significa que una vida pecaminosa en el pasado excluya a un hombre de la Ordenación. No sólo San Agustín, también muchos otros santos penitentes ofendieron profundamente a Dios, pero Él no rehusó acogerlos entre sus elegidos. Como dice el Cardenal Manning muy acertadamente: “Hay dos clases de hombres que son llamados por nuestro Señor para ser sus Sacerdotes. Los primeros son los inocentes. Los segundos son los penitentes. Los antecedentes de estos dos tipos son muy diferentes, pero su fin es el mismo. Suben al Altar por caminos muy separados; pero se encuentran delante de él en un solo corazón y mente, conformados a la perfección del gran Sumo y Eterno Sacerdote.”

Para saber si Dios lo llama a uno a la vida religiosa, no se necesita esperar que Dios mismo se aparezca o que envíe un ángel del Cielo, para dar a conocer su voluntad. Tampoco es necesario que una docena de doctos o más examinen si se debe seguir o no la vocación. Pero sí que es necesario corresponder al primer



movimiento de la inspiración y cultivarla. Tampoco importa mucho, de qué fuente proviene la inspiración. El Señor hace uso de muchos medios para llamar a sus siervos. A veces es un sermón, en otras ocasiones un buen libro. Algunos, como San Antonio y San Francisco, fueron llamados al escuchar las palabras del Evangelio. Otros fueron movidos a abandonar el mundo y entrar en la religión por los problemas y aflicciones que tuvieron que soportar. Las personas que vienen a Dios por haber tenido sufrimientos en el mundo, a veces se vuelven santos más grandes que aquellos que ingresan en religión con una vocación aparentemente más segura, porque los primeros suelen entregarse a Dios con todo su corazón, toda su alma y toda su voluntad.

Sucedió que un gallardo y apuesto joven clérigo de noble familia cabalgaba cierto día en un brioso caballo, haciendo gala y demostración de buen jinete, esforzándose todo lo posible para parecer valioso ante los que lo veían. En el momento en que con más gallardía se paseaba, lo despidió el caballo de la silla, y aterrizó en un charco fangoso. Confuso y avergonzado, se levantó del suelo con los vestidos, los cabellos y el rostro cubiertos de lodo. Se vio hecho una calamidad ante toda aquella gente que reía, se burlaba y hacía chascarrillos a su costa. Quedó el joven tan lleno de confusión, que en aquel mismo instante determinó abandonar el mundo con sus diversiones, amistades mundanas y deseos de grandeza: “¡Oh mundo traidor!, – exclamó– te has burlado de mí, y yo me burlaré de ti; me has jugado una mala pasada, y yo te pagaré con otra. No tendré más paz contigo; y ahora mismo resuelvo abandonarte, y me hago religioso.” Y, de hecho, entró en la orden dominica, viviendo en ella con mucho fervor y santidad. Llamaba la atención por su humildad y celo apostólico: encerraba un horno de fuego en su corazón, por lo que predicaba con fuego la Palabra de Dios, dejando siempre atónitos a cuantos le contemplaban por el ardor que brotaba de sus labios y por la austeridad de vida que le acompañaba. Ahora la Iglesia le honra con el nombre de San Telmo.

En 1540, hubo en Roma un gracioso paje del Cardenal Farnesio de carácter alegre y vivo. En una ocasión solemne, su temperamento irreflexivo lo llevó a resentirse por la acción de otro paje, e inmediatamente hubo una pelea, la cual causó confusión en la decorosa comitiva y el eminente Cardenal se sintió deshonrado. El paje, de trece años de edad, llamado Pedro de Ribadeneira, no esperó los acontecimientos; previó lo que venía y huyó. Sin saber adonde ir, pensó en uno que era amigo de todos, Ignacio de Loyola, y con la cara sucia, el encaje desgarrado y la pluma caída, se presentó ante él. San Ignacio lo recibió con los brazos abiertos, y lo colocó entre los novicios. El pobre Pedro tuvo un tiempo difícil en el noviciado, ya que sus caprichos y bullicio siempre le metían en problemas. Pero cuando los Padres graves fruncieron el ceño y los

novicios se escandalizaron, Pedro siempre estuvo seguro de la simpatía y el perdón de San Ignacio, quien, al final, se sintió complacido de ver al niño convertirse en un religioso extraordinariamente capaz, docto y virtuoso. La vocación de Pedro fue ocasionada por su pelea, ciertamente un comienzo poco propicio; pero siempre estuvo agradecido de que, cuando pidió la entrada a Ignacio, no fue rechazado ni le hizo esperar hasta que fuese mayor y más tranquilo.

San Pedro de Alcántara consideró necesario huir de la casa de su madre, cuando deseaba ingresar al monasterio y convertirse en religioso. Aconteció que en el camino tenía que atravesar un río, que no podía vadear; se encomendó a Dios, y de repente se vio trasladado al otro lado del río.

Cuando los santos se sintieron inclinados a abandonar el mundo, salieron de sus casas sin que sus familias lo advirtieran. Así obraron Santo Tomás de Aquino, San Francisco Javier, San Felipe Neri y San Luis Beltrán. Y consta, que Dios ha probado hasta con milagros lo agradable que le son estas fugas gloriosas.

También San Estanislao de Kostka huyó de la casa paterna sin licencia de su padre: su hermano tomó un carruaje y corrió presuroso a darle alcance; y de pronto, cuando ya estaba por alcanzarlo, los caballos, por más que los hostigaba, no dieron un paso más; sólo cuando tomaron la vuelta de la ciudad comenzaron a correr a toda velocidad.

Célebre es el caso que sucedió a la Beata Oringa de Valdarno, en la Toscana, cuando en contra de su deseo, su padre había prometido darla a un joven por esposa. Huyó de la casa de sus padres para consagrarse a Dios. Al llegar al río Arno, oró a Dios por ayuda. En un instante, el agua se dividió y formó dos paredes como si fuesen de cristal, lo que le permitió pasar entre ellas sin siquiera mojarse los pies.

Parece que bajo ninguna circunstancia el espíritu maligno usa armas más formidables que cuando se trata de impedir que aquellos que son llamados al estado religioso lleven a cabo su resolución.

Los más peligrosos enemigos de un aspirante a la vida religiosa pueden ser los de su casa. San Ambrosio pregunta si es justo que una joven tenga menos libertad para elegir a Dios por su Esposo que para elegir a un joven del mundo. A la madre de una familia que se opone a la vocación religiosa de su hijo se podría decir: “Tú te casaste, e hiciste bien. Si te hubieran obligado a entrar en un convento, ¿lo hubieras hecho?”

En la vida del Padre Pablo Segneri leemos que su madre, aunque muy entregada a la oración, probó todos los medios para evitar que su hijo entrara en el estado religioso. Del mismo modo en la vida del obispo monseñor Cavalieri, encontramos que su padre, un hombre de gran virtud y piedad, se negó a permitirle ingresar en una congregación religiosa e incluso llegó a presentar una demanda contra él ante el tribunal eclesiástico aunque sin éxito. ¡Cuántos padres y cuántas madres, a pesar de ser personas devotas y de mucha oración, se han olvidado en semejantes casos de su oración y de su piedad, y han obrado como si fueran mensajeros del demonio! Confundidos por la pasión y sus propios intereses, se fatigan e inventan mil medios y excusas para estorbar, sin consideración alguna, la vocación de sus hijos. Es que el infierno pone en pie de guerra todas sus fuerzas y se arma con todo su poder para impedir que los que son llamados por Dios a la vida religiosa lleven a la práctica sus designios. Por esto conviene ocultar semejante determinación a los amigos, los cuales no tendrán respeto ni reparo, si no de aconsejaros lo contrario, a lo menos de publicar vuestro secreto; llegando por aquí el conocimiento de los designios que meditáis a otros que trabajarán en disuadirlos.

Los fieles necesitáis Sacerdotes para poder beneficiaros de los Santos Sacramentos, que son los canales de las gracias derramadas a través de la Santa Misa. Y como dice la Moral Palmariana: «Sin los Sacramentos, no es posible en la Iglesia la vida sobrenatural. Pues, el Sacerdote es el Corazón Místico que da, a través de la Santa Misa, la vida y la fortaleza a la Iglesia, transmitiéndola las gracias por los Sacramentos, los cuales son las arterias que portan la sangre vivificadora a todo el Cuerpo Místico de Cristo. Los siete Sacramentos son las sublimísimas fuentes que cumplen la sagrada misión de alimentar y vivificar sobrenaturalmente a los miembros militantes del Cuerpo Místico de Cristo». Los Sacerdotes son la luz del mundo: «Pues, por el Bautismo, el Sacerdote engendra nuevos hijos de la Luz; en la Confirmación, los ilumina más; por la Penitencia, los rescata de las tinieblas, convirtiéndolos nuevamente en hijos de la Luz; en la Comunión, les da como sustento a la misma Luz; en la Extremaunción, los conforta para entrar en el Reino de la Luz; por el Orden Sacerdotal, capacita a los llamados a este Sacramento, para ser transmisores de la Luz; y en el Matrimonio santifica la unión que ha de multiplicar los sujetos capaces de la Luz».

La escasez de Sacerdotes perjudica a todo el mundo, especialmente a los fieles palmarianos que no pueden recibir los Sacramentos con mayor frecuencia porque ya no tenemos suficientes misioneros: uno solo para todo el norte y sur de América; uno solo que tiene que atender a Irlanda, Gran Bretaña, las Filipinas y Nueva Zelanda. Por la falta de Sacerdotes, los fieles palmarianos ya no siempre pueden quedar vivificados y fortalecidos por la Gracia Santificante recibida en el Sacramento de la Confesión, y así recuperar la paz de



conciencia, y no pueden recibir con tanta frecuencia la Santa Comunión para aumento de la gracia, mayor unión con Dios y alimento de sus almas. Como sabéis, sin el alimento sobrenatural de la Sagrada Eucaristía, no es posible al hombre perseverar en el estado de gracia.

“¡Ay, ay de aquellos que mueren sin cumplir su misión!, quienes fueron llamados a ser santos y que vivieron en pecado; quienes fueron llamados a adorar a Cristo, y que se sumergieron en este mundo vertiginoso e incrédulo; quienes fueron llamados a pelear, y permanecieron inactivos. ¡Ay de aquellos que han tenido dones y talentos, y no los han usado, o los han usado mal o abusado! El mundo continúa de una época a otra, pero los santos ángeles y los benditos santos siempre lloran, ay, ay, ay, ay, por la pérdida de las vocaciones, y la defraudación en las esperanzas, y el desprecio del amor de Dios, y la ruina de las almas.” Así habló San Juan Enrique Newman.

“Maestro bueno, ¿qué haré yo para conseguir la vida eterna?” Fue la anhelosa pregunta de aquel a quien la fortuna había bendecido con la riqueza de este mundo, pero que se dio cuenta de que la vida eterna era un tesoro mucho más precioso. Había venido al Divino Maestro, para saber lo que aún debía hacer para asegurarse el gran premio por el que estaba luchando. Era joven y rico, acomodado en la tierra, alguien cuya vida había sido sin manchas ni imperfecciones, pues había guardado los mandamientos desde su niñez.

Jesús lo miró con agrado, porque esa alma era querida por su Sagrado Corazón, y le dijo: “Una sola cosa te falta si quieres ser perfecto: Anda, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo; y después, ven y sígueme.” Hubo una pausa dolorosa: la naturaleza y la gracia luchaban por la primacía; la invitación había sido hecha, el camino hacia la perfección señalado. Sólo se necesitaba un sacrificio para convertirlo en un verdadero discípulo, pero era un sacrificio grande, demasiado grande para él, que antes parecía tan generoso. Sumamente afligido, el joven vacila, flaquea, y luego se aleja entristecido, con las palabras “Ven y sígueme” resonando en sus oídos, porque el amor por sus grandes posesiones se había apoderado de su corazón: una Vocación había sido ofrecida y rechazada. Al igual que el joven rico del Evangelio, muchos no saben aprovechar las oportunidades que Dios nos da para nuestra salvación.

Puedes comprar la perla preciosa, pero el precio es el mismo para todos: debes ofrecer a cambio todo lo que tienes, sin retener nada. ¿Estás dispuesto a hacer el negocio? El joven rico estaba preparado, sin duda, a dar limosna y generosamente, pero no a sacrificar todas sus posesiones y a vivir en la pobreza; esto estaba más allá de su generosidad.

Todos están invitados, por lo que cualquiera puede aceptar la invitación. Si se necesitaran dos llamadas, una general y otra particular, el que tiene solamente la primera podría decir que tiene sólo la mitad de una invitación, lo cual sería absurdo, y ciertamente es contrario a la enseñanza casi unánime de los Padres de la Iglesia: Santo Tomás nos dice: “Debemos aceptar las palabras de Cristo que se dan en la Escritura como si las hubiéramos escuchado de la boca de Cristo... El consejo a la perfección debe ser seguido por cada uno, no menos que si hubiese salido de la boca del Señor para cada uno personalmente.” San Juan Crisóstomo dice que el don de la castidad “se da a quienes lo eligen por su propia cuenta” y agrega que “la ayuda necesaria de lo alto está preparada para todos los que desean ser vencedores en la lucha contra la naturaleza.” San Jerónimo nos dice que este regalo “se da a aquellos que lo piden, que lo desean y trabajan para obtenerlo.” San Basilio afirma que “abrazar el modo de vida evangélico es privilegio de todos.”



Han pasado casi dos mil años desde entonces, pero sin cesar esa misma Voz ha estado susurrando en los oídos de incontables jóvenes: “Una cosa aún te falta: ven, sígueme.” Algunos han escuchado esa voz con gozo y alegría de corazón, y se han levantado a seguir la llamada del Maestro; otros se han tapado los oídos, o se han alejado del lado de Aquel que les hizo señas, mientras que no pocos se han detenido y escuchado, preguntándose qué significaba aquello, preguntándose si la invitación sería para ellos, hasta que Jesús de Nazaret siguió su camino y se alejó, y ellos se quedaron atrás para siempre.

A las almas indecisas, principalmente, San Guillermo Doyle les ofreció una explicación simple de una vocación, partes de la cual reproducimos aquí, con la esperanza de que reconozcan los movimientos de la gracia dentro de sus almas, o para moverles a pedir que algún día puedan ser partícipes de este don supremo del amor eterno de Dios.

“¿Cómo puedo saber si tengo una vocación o no?” Cuán a menudo esta pregunta ha salido de los labios de muchos jóvenes, que se han dado cuenta de que la vida tiene un designio, y muchos sólo responden con inquietud: “Estoy seguro de que no,” o con una oración secreta para salvarse de tal destino. ¡Qué poco saben

de la felicidad que están desechando al apartarse de la invitación de Dios!, porque esa pregunta y ese sentimiento son a menudo el signo de una verdadera vocación.

En primer lugar, una vocación, o ‘un llamado al sacerdocio o a la vida religiosa’, a diferencia de la invitación general a una vida de perfección, ofrecida a todos los hombres, incluso en el mundo, es un don gratuito de Dios otorgado a aquellos a quienes Él selecciona: “No me elegisteis vosotros a Mí,” dijo a sus discípulos, “sino que Yo os elegí a vosotros”, pues Cristo llamó a aquellos a quienes quiso. A menudo esa invitación es extendida a los que menos nos esperaríamos. Magdalena, sumida en pecado, se convirtió en la discípula de la Inmaculada; Saulo, “respirando amenazas y muerte contra los seguidores del Señor Jesús”; cada uno escuchó esa llamada, porque una vida pecaminosa en el pasado es impedimento para una vocación.

Mas, aunque este regalo es de un valor superior y es una marca de afecto muy especial de su parte, Dios no fuerza al alma a aceptarla; la deja libre de corresponder con la gracia o rechazarla. Un día, el Cazador divino se acerca a la presa que ha marcado para los rayos de su amor; tímidamente, como si temiera forzar el libre albedrío, y susurra una palabra. Si el alma se aleja, Jesús a menudo se retira para siempre, ya que sólo quiere voluntarios asu servicio. Pero si el alma sorprendida escucha, aunque teme que esa Voz vuelva a hablar, y se siente inclinado a escapar, la gracia queda libre para hacer su trabajo y llevarla cautiva a los pies del Cazador.

Inconscientemente, en ese primer encuentro, esa alma ha sido profundamente herida con un anhelo de una felicidad desconocida, aún no probada. Casi imperceptiblemente, el anhelo de una vida más noble se ha apoderado del corazón; la oración y la abnegación, el pensamiento de sacrificio, traen una nueva dulzura; la luz resplandeciente de los placeres terrenales, antes tan deslumbrante, parece desaparecer; las alegrías y diversiones del mundo ya no atraen ni satisfacen; su vacío sólo sirve para cansar y disgustar más, mientras que una sed de ese “algo” indefinible atormenta el alma.



“¡Dulce y tierno Señor!”, exclama San Enrique Suso, “desde los días de mi niñez mi mente ha buscado algo con ardiente sed, pero todavía no he entendido del todo qué es ese algo. Señor, lo he perseguido muchos años, pero nunca pude entenderlo, porque no sé lo que es, y sin embargo es algo que atrae mi corazón y mi alma, sin lo cual nunca puedo alcanzar el verdadero descanso. Señor, lo busqué en los primeros días de mi niñez en criaturas, pero cuanto más lo buscaba en ellos, menos lo encontraba; porque cada imagen que se presentaba a mi vista, antes de probarlo por completo, o dedicarme a ello, me advirtió así: ‘No soy lo que buscas’. Ahora mi corazón lo busca arduamente, porque mi corazón estaría tan feliz de poseerlo. ¡Ay! ¡Tengo que experimentar constantemente lo que no es! Pero lo que es, Señor, todavía no lo tengo claro. Dime, amado Señor, qué es en verdad, y cuál es la naturaleza de lo que me agita en secreto.”

Incluso en medio del placer y la excitación mundana, hay un vacío doloroso en el corazón. “¡Qué inútil es todo! ¡Qué hueco! ¡Qué insatisfactorio! ¿Es esto lo que mi vida ha de ser siempre? ¿Fui hecho sólo para esto?”

Poco a poco uno llega a comprender la excelencia y las ventajas de la perfección evangélica, el encanto indescriptible de la virginidad y la nobleza de una vida dedicada por entero al servicio de Dios y la salvación de las almas. Aun teniendo que superar a veces una repugnancia natural hacia el estado religioso o el miedo a sus responsabilidades, el alma se da cuenta de que “el Maestro está aquí... y te llama”– queha recibido una vocación.

Puede decirse, entonces, que cada joven es aconsejado y exhortado a preservar la virginidad a lo largo de la vida. Cada individuo tiene el privilegio de hacer una elección libre y voluntaria, y nadie tiene el derecho de interferir con esta elección. Alguien que no tenga ningún obstáculo, excepto su propia voluntad, puede imaginarse fácilmente a Cristo delante de él diciendo: “Hijo mío, sería más agradable a Mí que conservaras la virginidad por amor a Mí.” Si Jesucristo realmente estuviese delante de ti, diciéndote esto, ¿cuál sería tu respuesta? ¿Sería pronta y de acuerdo con su deseo, o sería la del joven rico?

Quizás dices para ti: “Si Dios me amara tanto como para hacerme esta sugerencia, y pedir mi corazón sólo para Él, estaría muy contento de darle todo lo que tengo y de hacer cualquier sacrificio por su causa.” Pero Dios ya te está hablando así, en el Evangelio, y ¿qué dice tu corazón? ¿Rechazarás esa especialísima muestra de amor que Cristo te ofrece? Está diciéndote: “Te doy la opción de dos dones, el matrimonio o la virginidad: la virginidad es mucho más valiosa y más agradable a Mí, pero toma lo que deseas.” ¿Vas a responderle: “Dame

el regalo menor y da tus mejores tesoros y la mejor muestra de tu amor a mis compañeros”? Contesta así si quieres. Al igual que al joven rico, Dios te amará todavía; pero no te sorprenda que aprecie más a otras almas más generosas. Toma o rechaza la vida religiosa, como quieras. Es tuya la decisión para tomar o para rechazar, pero si la rechazas no digas: “No tengo ninguna llamada, ni tampoco invitación a una vida superior.” Ahora tienes la invitación, en común con otros palmarianos; y los de alma grande son aquellos que la aceptan, porque “muchos son los llamados, mas pocos los escogidos”; es decir, pocos aceptan la invitación.

Algunos jóvenes, equivocadamente, imaginan que Dios Todopoderoso escoge a ciertas personas, sin consultarlas, y las destina al sacerdocio o la vida religiosa, mientras que a las demás las excluye de este privilegio. En otras palabras, creen que Dios lo hace todo.

Dos muchachos de las mismas cualidades, por ejemplo, tienen la invitación general de las Escrituras a una vida de perfección; ambos tienen la misma gracia, que uno acepta y el otro rechaza. ¿Qué hace la vocación? En el primer caso, la acción de decir ‘sí’ a la invitación es efecto de la vocación. ¿Y por qué el otro chico no tiene una vocación? Porque él dice ‘no’ a la gracia. Dios hace su parte; emite el llamamiento a todos los que están libres de impedimentos y obstáculos. Cualquiera que lo desee puede aceptar el llamamiento y, por lo tanto, en cierto sentido, ‘hacer’ su propia vocación, ya que la ayuda necesaria de Dios está siempre lista para aquellos que correspondan.

Una vocación, por lo tanto, hablando en general, no es la cosa misteriosa que algunas personas imaginan que es, sino simplemente la elección que Dios hace de uno para un cierto tipo de vida.

La vocación al estado religioso suele suponer una inclinación sobrenatural o un deseo de abrazarlo, o una



atracción persistente por ello. Y debe cumplirse una condición natural, es decir, que tengamos una aptitud o capacidad para sus deberes: ciertas cualidades físicas, morales e intelectuales. Si Dios desea que alguien lo siga, le da los medios para hacerlo, y por lo tanto, si hay obstáculos reales en el camino, por ejemplo, enfermedades muy graves, un padre anciano o niños para cuidar, etc., tal persona no está llamada a entrar a la religión, al menos en ese momento. En ocasiones Dios inspira a una persona a hacer algo que en realidad no desea que se realice. David anhelaba construir el Templo del Señor; se le dijo a Abrahán que sacrificara a su hijo, simplemente para probar su obediencia y voluntad; porque, dice Santa Teresa, “Dios a veces está más satisfecho con el deseo de hacer algo que con su verdadero logro.”

San Francisco de Sales considera que “una voluntad firme y decidida de servir a Dios es la mejor y más segura señal de una verdadera vocación, ya que el Divino Maestro dijo: ‘Si lo deseas... ven, sígueme.’ Una vocación genuina es simplemente una voluntad firme y constante, deseosa de servir a Dios en la manera y en el lugar al que Él llame... No digo que este deseo esté exento de toda repugnancia, dificultad o desagrado. Por lo tanto, una vocación no debe considerarse falsa porque el que se siente llamado al estado religioso ya no experimente el mismo sentimiento sensible que tuvo al principio, y que incluso sienta repugnancia y tal frialdad que crea que todo está perdido. Es suficiente que su voluntad persevere en la resolución de no abandonar su primer proyecto. ... Para saber si Dios quiere que alguien sea religioso, no hay necesidad de esperar hasta que Él mismo nos hable, o hasta que envíe un ángel del cielo para expresar su voluntad; tampoco hay necesidad de tener revelaciones sobre el tema; pero es preciso responder al primer movimiento de la inspiración, y entonces uno no tiene por qué preocuparse si sobreviene la repugnancia o la frialdad.”

La siguiente es una lista de algunas de las señales más comunes de una vocación notadas por los jesuitas. Nadie debe esperar tener todas estas marcas, pero si no se percibe ninguna de ellas, la persona puede decir con seguridad que no tiene vocación.

1. Un deseo de tener una vocación religiosa, junto con la convicción de que Dios está llamando. Este deseo generalmente se siente más fuertemente cuando el alma está en calma, después de la Sagrada Comunión, y en el tiempo de un retiro.

2. Un creciente atractivo para la oración y las cosas santas en general, junto con un anhelo de una vida escondida y un deseo de estar más estrechamente unido a Dios y su Madre Santísima.

3. Sentir aversión hacia el mundo, una convicción de su vacío e insuficiencia para satisfacer al alma. Este sentimiento es generalmente más fuerte en medio de las diversiones mundanas.



4. Un miedo al pecado, en el que es tan fácil caer, y un anhelo de escapar de los peligros y las tentaciones del mundo.

5. A veces es señal de vocación cuando una persona teme que Dios pueda llamarla; cuando reza para no tenerla y no puede desterrar el pensamiento de su mente. Si la vocación es sólida, pronto dará lugar a una atracción, aunque adviértase que no se necesita tener una inclinación natural para la vida religiosa; por el contrario, una vocación divina es compatible con una repugnancia natural por ese estado.

6. Tener celo por las almas. Darse cuenta del valor de un alma inmortal, y desear cooperar en su salvación.

7. Desear dedicar toda la vida a obtener la conversión de un ser querido o de muchos.

8. Desear expiar los propios pecados o los de los demás; desear huir de las tentaciones contra las que se siente demasiado débil para resistir.

9. Una atracción por el estado de virginidad.

10. La felicidad que trae el pensamiento de la vida religiosa, sus ayudas espirituales, su paz, mérito y recompensa.

11. Un anhelo de sacrificarse y abandonar todo por el amor de Jesucristo, y sufrir por su causa.

12. La voluntad de aceptar ser asignado a cualquier tipo de trabajo, es una prueba de una verdadera vocación.

Un religioso puede decir: “Soy voluntariamente religioso, por mi propia elección”, y también debe admitir: “Soy religioso por la gracia de Dios, quien me preparó y me ayudó por medios externos e internos; iluminó mi mente y fortaleció mi voluntad para abrazar la vida que Él quiso para mí.”

De la misma manera, un comulgante diario puede decir: “Es por mi propia voluntad y deseo que recibo la santa Comunión diariamente; pero es la predilección de Dios la que me ha impulsado a este propósito, me dio la oportunidad y la fuerza de voluntad para llevarlo a cabo y me mantiene fiel a ella, por lo que es por su gracia y por la divina Providencia que soy un comulgante diario.” Otros fieles también podrían adoptar la misma práctica de la Comunión diaria, si no fueran tan negligentes para pedir o para corresponder a esta gracia.

San Juan Crisóstomo sostiene que “la razón por la que no todos aceptan el consejo de Cristo es porque no desean hacerlo”. Muchos no reconocen la voluntad de Dios, porque esperan que se manifieste de una manera extraordinaria o palpable. La invitación de Cristo es general pero está destinada a cada uno particularmente, y si los palmarianos mantuvieran sus corazones más libres de diversiones mundanas y se aplicarían más a la oración y al dominio de sí mismos, los voluntarios llegarían a reunirse en mucho mayor número en torno a Cristo y María.

Hay muchos que se excusan diciendo “no tengo vocación,” pero eso no suele ser más válido que las variadas excusas que dieron los invitados en la parábola del Evangelio, cuando ninguno se atrevió a decir con sinceridad “no voy a la boda porque no quiero.” Al igual que ellos, algunos que “no tienen vocación,” si fuesen más sinceros, tendrían que decir: “Sí, Cristo me llama, pero no quiero seguirle porque prefiero seguir mis gustos; no pienso cargarme con esa cruz.”

A veces suceden hechos que mueven a un joven a corresponder. Durante la segunda república española las hordas comunistas iban profanando y destruyendo iglesias y, ante su inminente llegada a un pueblo, como no había un Sacerdote, los feligreses de la parroquia tuvieron que actuar para salvar el Santísimo Sacramento: escogieron a un niño inocente para distribuir la Santa Comunión a los fieles, y así se evitó su profanación. Este suceso impresionó tanto a aquel niño que llegó a comprender la importancia del sacerdocio y unos quince años más tarde fue ordenado Sacerdote.

San Francisco de Sales escribe lo siguiente: “Algunos ingresan en religión sin saber por qué lo hacen. Entran en el locutorio de un convento, ven a religiosos con caras tranquilas, llenas de alegría, modestia y moderación, y se dicen a sí mismos: ‘¡Qué lugar tan feliz es este! Quedémonos aquí. El mundo nos frunce el ceño; no obtenemos lo que queremos allí.’ Otros vienen para encontrar paz, consuelo y todo tipo de dulzura, diciendo en sus mentes: ‘¡Qué felices son los religiosos! Se han salvado de todas sus preocupaciones hogareñas; de los mandatos continuos de sus padres y su búsqueda de fallos; ingresemos a la religión.’ Estas razones no valen nada. Hay que considerar si se tiene suficiente valor y resolución para crucificarse y aniquilarse, o más bien para permitir que Dios lo haga. Hay que entender lo que es ser religioso. Es estar unido a Dios por la mortificación continua de uno mismo, y vivir sólo para Él. El corazón de un religioso está



entregado siempre y totalmente a su Divina Majestad; sus ojos, lengua, manos y todos sus miembros sirven a Dios continuamente. El que quiera ingresar, mire bien en su corazón y vea si tiene la resolución suficiente para morir a sí mismo y vivir sólo para Dios. El convento no es más que una escuela de renuncia, de mortificación y, sobre todo, de amor.”

Como la llamada a la vida religiosa es sobrenatural, una vocación que surja *únicamente* de un motivo puramente humano, como los mencionados por San Francisco de Sales, el deseo de complacer a los padres o alguna ventaja temporal, no sería la obra de la gracia. Sin embargo, si el motivo principal que nos inclina a abrazar el estado religioso es sobrenatural, la vocación es verdadera, ya que la Divina Providencia a menudo utiliza las pruebas y las desgracias de la vida para llenar el alma de disgusto por el mundo y prepararla para una mayor gracia.

San Romualdo, fundador de los Camaldulenses, profundamente impresionado por un asesinato cometido por su padre, fue a un monasterio y se consagró a Dios. San Pablo, el primer ermitaño, huyó al desierto para evitar la persecución, y encontró en la soledad la paz y la alegría que había buscado en vano durante mucho tiempo. Cuántos ojos han sido abiertos bruscamente a la brevedad e incertidumbre de la vida por la muerte repentina de un ser querido, y se han dado cuenta de que la obtención de la vida eterna es ‘lo único necesario’; la ambición desbaratada, el fracaso de las esperanzas o la desilusión de un corazón amoroso, han convencido a muchos futuros santos de que el único Maestro a quien vale la pena servir es Jesucristo, de que su afecto es el único amor por el que vale la pena luchar.



Por lo tanto, podemos concluir con un erudito teólogo: “Si alguien toma la determinación de entrar en religión, bien resuelto a cumplir sus leyes y deberes, no hay duda de que esta resolución, esta vocación, proviene de Dios, cualesquiera que sean las circunstancias que parecen haberlo producido.”

“Poco importa cómo comenzamos, siempre que estemos decididos a perseverar y terminar bien”, dice San Francisco de Sales; y Santo Tomás establece que “no importa de qué fuente provenga nuestra resolución de ingresar en religión, es de Dios”; mientras que Suárez sostiene que “generalmente el deseo de la vida religiosa proviene del Espíritu Santo, y debemos recibirlo como tal.”

¿Conviene animar las vocaciones religiosas? Es un hecho curioso que muchas personas piadosas y eruditas desalientan de todas las formas posibles a los aspirantes a la vida religiosa, y tendrían escrúpulos en brindarles ayuda o en animarlos. “Una vocación debe ser completamente obra del Espíritu Santo”, dicen. A este propósito, pintan las dificultades imaginarias y las pruebas de la vida en un convento, y hacen alusión a la infelicidad que a veces se encuentra allí; hablan de la larga y seria deliberación necesaria antes de que uno dé ese paso, y así, involuntariamente quizás, pero de la manera más eficaz, apagan el ardoroso entusiasmo de un corazón juvenil.

Algunos incluso asumen una terrible responsabilidad alejando deliberadamente a las almas del camino al que el Maestro las llama, olvidando la advertencia: “No me elegisteis vosotros a Mí, sino que Yo os elegí a vosotros”, sin reflexionar sobre el daño irreparable que están causando al estropear la obra de Dios.

Otros aseguran tranquilamente a un postulante, que no ha podido seguir en una orden religiosa, que esta es una señal cierta de que Dios Todopoderoso no lo quiere, que no tiene vocación y no debe volver a intentarlo.

Decía San Juan Bosco que “para promover las vocaciones en medio de la juventud, hay que cultivar celosamente entre ellos la moralidad. La moralidad es el semillero de las vocaciones y además ofrece garantía sobre la castidad religiosa.” Por el contrario, al desaparecer la moralidad pública en los años 1960, sobrevino una crisis de vocaciones y se aceleró la decadencia de la Iglesia en Roma.

Una madre puede influir mucho en la vocación de sus hijos: Ante la negativa de un hermano suyo de ser Sacerdote y la amargura de su madre, San Teobaldo Mathew dijo: “Madre mía, no te aflijas, yo seré Sacerdote.” Al gran apóstol del Sagrado Corazón, San Claudio de la Colombière, su madre en el lecho de muerte le había dicho: “Hijo mío, tú tienes que ser un santo religioso.” A los diecisiete años ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús. Para ello tuvo que vencer la repugnancia a la vida religiosa, ya que sintió la separación y renuncia del mundo como hombre de carne y hueso. Él mismo decía: “Yo bien sé que, cuando me hice religioso, tenía una gran aversión a la vida que iba a abrazar. Los planes que se trazan para servir a Dios, nunca se realizan sino a costa de grandes sacrificios”.

Los santos se dieron cuenta de que Dios los tenía destinados para ayudarlo en el trabajo de fomentar las vocaciones. El padre de San Bernardo era un noble señor y honrado caballero que soñaba las mayores glorias para sus hijos, y la madre era una mujer de fe ardiente, que amaba con vehemencia a Jesús y a María, y que estaba siempre pendiente de la voluntad divina. Cuando San Bernardo decidió ingresar al monasterio cisterciense de Cîteaux, su padre y sus hermanos se esforzaron por disuadirlo de su propósito, pero él, con sus fervientes exhortaciones habló tan elocuentemente de las ventajas de la vida religiosa que cuatro de sus hermanos y otros jóvenes nobles, hasta el número de treinta, ingresaron con él. Cuando se iban de la casa, el único niño que quedaba en la familia era el pequeño Nivardo. Entonces el mayor de los hermanos lo abrazó y dijo: “Mi querido Nivardo, nos vamos, y este castillo y tierras serán todos tuyos”. El niño, con sabiduría más allá de sus años, vio que estaban tomando el Cielo para ellos, y le dejaban la tierra para él; la división no era justa. Y desde ese día nada pudo pacificar al niño San Nivardo, hasta que por fin protestó: «Habéis escogido el Cielo y me dejáis la tierra. ¡Vaya un premio que me ofrecéis!», y a los trece años de edad se le permitió unirse a sus hermanos como monje. Desde entonces todo su afán era vivir su lema: parecerse a Jesús. Siempre que San Bernardo salía de su monasterio de Claraval, volvía con muchos clérigos y legos que, buscando la paz del alma, la unión con Dios y el desprendimiento de las criaturas, ingresaban como monjes.

Es interesante recordar que Nuestro Señor llamó a los Apóstoles por medios indirectos. San Andrés y San Juan fueron enviados al Salvador por San Juan el Bautista: “He aquí el Cordero de Dios.” “Y lo oyeron esos dos discípulos, y siguieron a Jesús.” Andrés encontró a su hermano Simón, y le llevó a Jesús. Luego Felipe halló a su primo Natanael, llamado Bartolomé, y le dijo: “Hemos hallado al Mesías”. Y tuvo que insistir: “Ven y verás”, con lo que el otro también recibió la llamada para seguir a Cristo. Así, uno por uno, los Apóstoles fueron llevados al conocimiento del Mesías, bajo la influencia de su gracia, sin la cual todos los esfuerzos humanos son inútiles para producir una vocación. “Sepa bien”, dice Santo Tomás de Aquino, “que ya sea por sugerencia del diablo o por el consejo de un hombre que nos inclinó a la vida religiosa, y nos hace así seguir los pasos de Jesucristo, esta sugerencia o consejo es impotente e ineficaz siempre y cuando Dios no nos atraiga interiormente hacia él. Por lo tanto, la propuesta de entrar en la religión, de cualquier manera que se nos sugiera, sólo puede provenir de Dios. ‘Nadie puede venir a Mí, si el Padre, que me ha enviado, no le impulsa con su Gracia’, dijo Jesús; por lo tanto, que incluso si la vocación religiosa proviene de un enemigo, debe ser aceptada como un excelente consejo.”

El espíritu del mal se esfuerza de todas las maneras posibles para obstaculizar todo lo bueno que pueda. Si no puede apartar a uno completamente de la determinación de entregarse a Dios, trabajará, con todas sus fuerzas, para diferir el momento el mayor tiempo posible, sabiendo que una persona en el mundo está constantemente expuesta al peligro de perder tanto la gracia de Dios como “la perla preciosa” que es su vocación. La antigua serpiente sabe que hasta que las puertas del monasterio se hayan cerrado detrás del joven religioso, él tiene todas las posibilidades de arrebatarse ese tesoro. Él pondrá trampas y lazos, despertará dudas y temores; hará que las atracciones de una vida de placer parezcan casi irresistibles, causando que el corazón más valiente flaquee: “Nunca me había dado cuenta de lo querido que era para mí el mundo hasta que tuve que dejarlo” ha sido el angustioso lamento de muchos.

Bajo un pretexto u otro, los induce a posponer su generosa resolución día tras día. “¡Oh, Señor!”, exclama San Agustín, “dije: ‘vendré pronto; espera un momento’. Pero ese pronto nunca llegó, y ese momento no terminó. Siempre resolvía entregarme a Ti al día siguiente, y nunca de inmediato.” Cuán fatal ha sido este retraso en responder al llamado de Dios, lo pueden decir mejor quienes han sido impedidos en realizar su primera intención a causa de la edad o cambios de circunstancias.

Si la vocación es *dudosa*, hay necesidad de deliberación, y debe ser seria, porque la precipitación y la falta de reflexión serían imperdonables en tal asunto; pero tan enormes son las ventajas que se pueden cosechar de una vida dedicada al servicio de Dios, que sería una calamidad mucho mayor perder una vocación por excesiva prudencia, que confundir un pensamiento pasajero con el llamado del Maestro.

Es bueno recordar que una persona que siente que no tiene ninguna vocación no pecaría al abrazar el estado religioso, siempre que tenga la intención de cumplir con todas sus obligaciones y servir a Dios lo





mejor que pueda. Porque, en opinión del Doctor Angélico, Dios no negará las gracias especiales, necesarias para una vida así, a alguien que desea sinceramente promover su gloria.

Nuestro Señor nos dice que aprendamos una lección de “los hijos de este siglo o amantes del mundo, que en lo que atañe a sus negocios materiales, son más sagaces e interesados que los hijos de la Luz”; no hay dudas ni indecisión sobre la aceptación de una tentadora oferta de matrimonio, que puede vincular a alguien tal vez a una pareja inadecuada, de por vida; es sabiduría mundana no retrasar ese paso cuando existe la posibilidad de quedar bien acomodado; y, sin embargo, San Ignacio enseña que hay más necesidad de deliberar sobre permanecer en el mundo que sobre abandonarlo. Él dice: “Si una persona piensa abrazar una vida secular, debe pedir y desear señales más evidentes de que Dios lo llama a esa vida, que si hubiera una cuestión de abrazar los Consejos Evangélicos. Nuestro Señor mismo nos ha exhortado a abrazar sus consejos, y, por otro lado, nos ha expuesto los grandes peligros de una vida secular; de modo que, si concluimos correctamente, las revelaciones y los signos extraordinarios de su Voluntad son más necesarios para que un hombre se comprometa a una vida en el mundo que para uno que ingrese al estado religioso.”

Las personas con buenas intenciones hacen un daño sin fin: esos que, con el pretexto de “probar una vocación”, evitan que sus hijos ingresen en una casa religiosa durante años. Pretenden que “conocer el mundo” desarrollará sus facultades y les permitirá comprender mejor su propia mente; que tal proceso ampliará sus puntos de vista y los ayudará a juzgar las cosas en su propio valor; finalmente, que una vocación que no puede resistir semejante prueba, los ataques de tentaciones peligrosas y los seductores atractivos del placer mundano, a las que ha sido innecesariamente expuesto, no es una vocación y sería mejor abandonarla.

“No se puede dar un consejo más pernicioso que este”, escribe el Padre Lessius. “¿Qué es, en realidad, sino desear extinguir el espíritu interior, bajo el pretexto de una prueba, y exponer a las tempestades de la tentación a aquel que se estaba preparando para alcanzar el puerto de seguridad? Si un jardinero fuera a plantar una semilla preciosa, que requiere gran cuidado, en un terreno pedregoso, cubierto de espinas; si la expuso a los rayos del sol y a cada cambio de clima para tratar de ver si crecería en ese lugar desfavorable, ¿quién no lo consideraría un tonto? Los que aconsejan a las personas llamadas a la vida religiosa a permanecer por un tiempo en el mundo, tienen aún menos sensatez. Una vocación es una inspiración divina; es una semilla caída sobre la tierra

para dar fruto para la vida eterna. Está plantada en el corazón humano, un suelo poco adecuado para su naturaleza delicada, y requiere gran cuidado y atención. Se debe tener cuidado de que las aves del aire, los demonios, no lo lleven; que las espinas, las concupiscencias y las solicitudes del mundo no ahoguen la vocación; que los hombres con sus máximas falsas no tengan oportunidad de pisotearla. Quienquiera que desee preservar y ver crecer en su corazón la semilla que el Sembrador Divino ha arrojado allí, debe volar del mundo y alcanzar un refugio seguro tan pronto como le sea posible.”



“¿Es el mundo el lugar para probar una vocación?”, pregunta San Vicente de Paúl. “Que el alma se apresure lo más rápido posible a refugiarse en un asilo seguro.” La Iglesia, dándose cuenta de la necesidad de tal examen, prescribe al menos un año de período de prueba para cada novicio antes de admitir candidatos a la profesión religiosa. En el convento, a salvo de la atmósfera contagiosa de un mundo corrupto, con abundante tiempo para la oración y reflexión, con la libertad de permanecer o irse a voluntad, —pasado el primer tiempo

que se fije de prueba—cada uno puede probar la sinceridad del deseo que sentía de abandonar todas las cosas y seguir a Cristo, antes de obligarse irrevocablemente con votos.

De lo dicho se deduce que una vez que se reconoce la voz de Dios, es decir, cuando el pensamiento de abandonar el mundo ha estado presente con mayor o menor insistencia en la mente por algún tiempo, y el alma se da cuenta, aunque lo teme, que el Señor la requiere, la llamada debe obedecerse con prontitud.

Santo Tomás sostiene que la invitación a una vida más perfecta debe seguirse sin demora, ya que estas luces e inspiraciones de Dios son transitorias, no permanentes, y por lo tanto la llamada divina debe obedecerse al instante o tan pronto como sea posible. Como en el pasado, cuando obró sus milagros y anduvo haciendo el bien, Jesús de Nazaret sigue su camino; si no aprovechamos su visita, es posible que nunca regrese. Se detiene a la puerta del corazón y llama. “Si alguno escuchare mi voz y me abriere la puerta, entraré a él, con él cenaré y él conmigo”, de lo contrario, esa llamada quizás nunca se repita.

“Date prisa, te ruego”, exclama San Jerónimo, “y más bien cortes que aflojes la cuerda con la que tu barco se ata a la tierra”, porque incluso un día de retraso priva a una persona de méritos incalculables, que adquiriría en la religión. Santa Genoveva de Santa Teresa contó a Santa Teresita: “El día que se había fijado para mi entrada en el Carmelo, yo tenía que estar libre a las 6 de la tarde. Como había arreglado todos mis asuntos, mi confesor me dijo que, si quería, podía esperar al día siguiente. Pero yo le respondí: ‘Padre, ya que esta tarde quedo libre a las 6, entraré a las 6.’ Dime, hija mía, si no fue una buena inspiración: al día siguiente de mi entrada, recibí una carta de la residencia en la que mi hermano pequeño estaba de interno. Me decía que mi hermano estaba enfermo y que, con mis cuidados y el aire del campo, no tardaría en restablecerse. Así que, si no hubiese entrado aquella tarde del mismo día en que quedé libre, quizás habría perdido la vocación: los obstáculos que se sucedieron uno a otro me habrían hecho aplazar la fecha y tal vez habrían terminado por impedirme entrar en el Carmelo.”

El retraso es peligroso, y la larga deliberación es innecesaria: De todos los estados de vida, el estado religioso es, sin duda, el que exige la menor deliberación, y es aquel cuya elección debería causar menos indecisión y menos vacilación; porque en este estado se encuentran menos dificultades y los mejores medios para salvar nuestras almas.

Es bueno que un hombre haya soportado el yugo del Señor desde su juventud. Conscientes de este consejo, y



al comprender que el corazón puro de los jóvenes recibe las impresiones de la virtud sin dificultad y forma buenos hábitos fácilmente, y que la juventud es el tiempo de más ánimo y generosidad, la Iglesia siempre ha alentado a sus hijos a entregarse a su servicio desde sus tiernos años. La experiencia ha demostrado las ventajas de ingresar entre los dieciséis a veinte años de edad, sobre ingresar cuando son mayores.

Se hizo una disposición especial en la orden de San Benito para la admisión de niños pequeños, que fueron ofrecidos por sus padres para ser educados y posteriormente perseverar perpetuamente en la Orden. “La recepción de un niño en aquellos tiempos era casi tan solemne como una profesión en la actualidad. Sus padres lo llevaban a la iglesia. Ellos guiaban su mano, que sostenía la petición, al lino sagrado del altar, y, en nombre del niño prometían a Dios su constancia. Pequeños de tres o cuatro años de edad fueron traídos en brazos de aquellos que les dieron la vida, para aceptar a elección de ellos el curso en el que su vida iba a correr. Fueron llevados al santuario, recibieron la capucha y tomaron su lugar como monjes en la comunidad monástica.”

Algunos tenían sólo catorce años cuando entraron en el claustro. Santa Catalina de Ricci profesó a los trece años; Santa Imelda, que se hizo monja a los nueve años, murió en un convento dominico a la edad de doce años, y Santa Rosa de Lima había prometido su castidad a Dios cuando sólo tenía seis años. Santa Teresita tenía apenas quince años cuando entró en el convento carmelita de Lisieux.

“El Espíritu Santo sopla donde quiere.” No existe una regla para las vocaciones, no hay límite de edad para la llamada. La inocencia atrae la mirada de Dios; hábitos de pecado profundamente arraigados, siempre que haya una voluntad firme de vencerlos, no lo repelen. Uno viene porque el mundo lo repugna; otro lo ama y lo deja con pesar. La docilidad atrae más gracias, mientras que la resistencia a veces aumenta la fuerza de su invitación. El niño pequeño a veces escucha sus susurros, mientras que otros no han sido llamados hasta muy avanzados en años.

Ya que los padres a menudo se exceden en la autoridad que Dios les dio sobre sus hijos, en la cuestión de una elección de estado de vida, estará bien citar las palabras de un gran moralista jesuita: “El poder paternal no puede quitarles el derecho que los hijos e hijas tienen de elegir su propio estado de vida y, si lo desean, seguir los consejos de Cristo... Aunque los padres pueden mirar por la vocación de sus hijos antes de ingresar, sin embargo, no les es lícito insistir en que primero prueben los placeres del mundo. Si lo hicieran y, después, los deseos de los hijos se vieran afectados por esto, los padres no tendrían motivos para concluir que no había habido una verdadera vocación. Puede haber sido que una verdadera vocación fue impedida por medios injustos.” Los padres que impiden que sus hijos entren en religión pecan mortalmente. “Hacer que alguien se aparte de una vocación religiosa”, dice San Jerónimo, “no es otra cosa que matar a Jesucristo en el corazón de otro.”

Es preciso corresponder a una vocación. No hay un momento más importante en la vida de un muchacho o de una chica que el tiempo de elegir su camino. Cuando era niño, hablaba y pensaba como un niño, pero los días de la infancia irresponsable se han ido para siempre, y ahora debe lanzar su barco solo en las tormentosas aguas de la vida y dirigir su curso hacia la eternidad. Es un momento solemne, un tiempo con grandes posibilidades para el bien o el mal, porque el joven está cara a cara con la pregunta de qué debe hacer con su vida futura, una elección sobre la cual puede depender no sólo su felicidad en la tierra, sino incluso su eterna salvación.

Fue hecho por su Creador y ha recibido preciosos dones para gastarlos de una manera definida y precisa, marcada desde la eternidad por la mano de la Divina Providencia. Para algunos, las circunstancias y el entorno indican claramente lo que esa vida debe ser. Pero en los corazones de los demás surge una tormenta violenta por el choque de intereses.

Por un lado, viene la llamada del mundo, la súplica de la naturaleza humana para una vida de comodidad y placer; por el otro lado, la Voz de Cristo, suave pero claramente, “Ven, sígueme a Mí, te necesito; tengo trabajo para ti.”



Este es, entonces, el significado de su vida, la razón por la cual fue sacado de la nada, “para hacer las obras de Dios.” ¿Puede vacilar? ¿Es indiferente para él, vivir en un estado de vida elegido por Dios o en un estado elegido por sí mismo, ahora que su vocación es cierta? A esta pregunta, San Alfonso María de Liguori responde: “No seguir nuestra vocación, cuando nos sentimos llamados al estado religioso, no es un pecado mortal; los consejos de Cristo, por su naturaleza, no obligan bajo esta pena. Sin embargo, la conducta de exponer a peligros nuestra salvación, eligiendo un estado de vida contra la Voluntad Divina, es rara vez libre de pecado, mucho más cuando una persona está convencida de que en el mundo se pone en peligro de perder su alma al negarse a seguir su vocación.”

Por lo tanto, aunque el rechazo deliberado de corresponder a la vocación Divina no implica necesariamente pecado, aunque la llamada sea clara e inconfundible, sin embargo, es una gran responsabilidad, sin razón suficiente, negarse a corresponder a esta invitación, dada con tanto amor y liberalidad; porque una vocación no sólo muestra el anhelo de Dios por la santificación de la persona llamada a seguir sus pasos, sino que implica que el Salvador busca su firme cooperación en la más divina de todas las obras: la salvación de las almas humanas. Cada Sacerdote es el medio para salvar miles de almas de perderse eternamente en el infierno. ¿Puede entonces sorprendernos que, privados de las gracias especiales destinadas a ellos, las vidas de aquellos que se han negado a seguir, o han abandonado, una vocación verdadera, sean en general infelices y, con demasiada frecuencia, manchadas con grandes y numerosos pecados?

Al ver la inmensa importancia de una vocación, y cuánto depende de ella, tanto para nosotros como para los demás, es natural esperar que el maligno levante un avispero de oposición. Él impedirá la vocación si puede, y no abandonará la lucha sin una pelea feroz. Controlado y derrotado en un frente, renueva sus ataques, con mayor audacia, en otro, luchando para alcanzar retrasos, decepciones y pruebas interiores para cansar al alma y al final apartarla de su resolución. Se ha dicho con verdad que nunca nos damos cuenta de la cantidad de enemigos con los que tenemos que luchar hasta el momento en que decidimos firmemente servir a Dios; ciertamente, no se sabía cuánta gente estaba tan interesada en nuestra felicidad futura, tan ansiosa por advertirnos de las dificultades y peligros que nos esperan, hasta que dijimos que íbamos a ingresar en religión.

Cuando un joven decide renunciar al mundo, sus supuestos amigos se reúnen a su alrededor, rogándole que no sea tan cobarde como para huir de lo que claramente es su deber. Le recuerdan todo lo bueno que podría hacer quedándose donde está, pero su conciencia le asegura que no hay nada mejor que él pueda hacer que ir a donde Dios, su Maestro, le llama. Le preguntan si es un loco chiflado para renunciar a todas las diversiones y placeres que puede disfrutar legítimamente; ¿no sería mejor para él “ver la vida” primero, antes de que se entierre en un claustro lúgubre?; se burlan de él tachándole de falta de coraje moral y lo llaman cruel y desalmado por abandonar a un padre cariñoso o a una madre en su ancianidad.

¡Qué tremenda lucha es todo esto!, sólo lo sabe quien ha pasado por ello. Para la carne y la sangre, incluso por amor a Jesús y María, es realmente difícil soportar que le digan que sólo es egoísta, cuando lo único que quiere es ser generoso; encontrarse con nada más que frialdad, cinismo y desaliento cuando, más que nunca,



el alma anhela y necesita el apoyo, la bondad y la simpatía. Dios, también, que al principio había dispuesto todas las cosas dulcemente para apartar el alma del amor terrenal y atraerlo hacia Sí mismo, al final a veces parece esconder su rostro y abandonar a esa alma. “Me pareció”, decía la virtuosa Madre Kerr, “que todo mi deseo de vida religiosa desapareció desde el momento en que decidí seguirlo.”

Las dudas y los temores reemplazan a la alegría y al anhelo de una vida de sacrificio, que antes llenaban el corazón. Sin embargo, Santa Teresa de Ávila nos dice que no temamos, ya que esta prueba, si se la lleva valientemente, conducirá a una mayor felicidad. “Cuando se hace un acto sólo para Dios”, escribe, “es su Voluntad, antes de comenzar, que el alma, para aumentar su mérito, tenga miedo; y cuanto mayor es el miedo, si lo conseguimos, mayor será la recompensa y la dulzura de allí resultantes. Lo sé por experiencia; y entonces, si tuviera que aconsejar a alguien a quien lleguen buenas inspiraciones, nunca le diría que se resista a ellas por temor a la dificultad de llevarlos a cabo; no hay razón para temer el fracaso ya que Dios es omnipotente. Aunque al principio no podía yo doblegar mi voluntad para ser monja, veía que el estado religioso era el mejor y el más seguro. Y así, poco a poco, resolví forzarme a ello. En esta batalla estuve tres meses, forzándome a mí misma con esta razón: las pruebas y los sufrimientos de vivir como monja no pueden ser mayores que los del Purgatorio, y yo tengo bien merecido estar en el Infierno. No es mucho pasar el resto de mi vida como si estuviera en el Purgatorio, y luego irme directamente al Cielo; que eso es mi deseo. El diablo me presentó que no podría soportar las dificultades de la vida religiosa, debido a mi delicada naturaleza ya que sufría de desmayos, con fiebre, y mi salud siempre fue débil. Me defendí de él alegando los



sufrimientos que Cristo soportó por mí, y que no era demasiado para mí sufrir algo por su causa; además, Él me ayudaría a soportarlo. Recuerdo perfectamente que el dolor que sentí cuando salí de la casa de mi padre fue tan grande (él nunca me dio su consentimiento para mi ingreso) que no creo que el dolor de morir sea mayor, ya que me pareció como si todos los huesos en mi cuerpo fueron arrancados. Cuando tomé el hábito, Nuestro Señor de inmediato me hizo comprender cómo ayuda a quienes se hacen violencia a sí mismos a fin de servirlo. Me llené de una alegría tan grande que nunca me ha faltado hasta el día de hoy.”

Nos ha entristecido ver que varios aspirantes a la vida religiosa han ingresado aquí en El Palmar y a los pocos días se marcharon diciendo que ya no tienen vocación. Eso no es actuar correctamente. Por lo tanto, **Nos, establecemos que, de ahora en adelante, los postulantes que ingresen en la Orden tendrán que comprometerse a permanecer aquí durante un tiempo mínimo de dos meses.** Vamos a explicarlo:

La gracia de la vocación y la de la perseverancia en ella son dos gracias muy distintas. Muchos, después de haber recibido de Dios el inestimable don de la vocación, por su culpa se han hecho indignos de perseverar en ella. Nadie alcanzará la perseverancia, ni recibirá la corona que Dios tiene destinada a los que perseveran, si no pone de su parte lo que debe para combatir varonilmente y vencer a sus enemigos.

El que entra en el noviciado, entra al servicio del Rey del Cielo, el cual acostumbra probar la fidelidad de los suyos por medio de tribulaciones y tentaciones, con las cuales permite al infierno que los combata. Y “por lo mismo que eras acepto a Dios, fue necesario que la aflicción te probase,” dijo el Ángel a Tobías. Y el Espíritu Santo, dirigiéndose a los que abandonan el mundo para darse a Dios, les dice: “Hijo, cuando entres en el servicio de Dios, persevera firme en la virtud y en el santo temor, y prepara tu alma para hacer frente a la tentación.” Por consiguiente, el novicio, al ingresar en el noviciado, debe prepararse, no a recibir consuelos, sino a batallar contra las tentaciones que suscita el infierno contra todos los que se dan por entero a Dios. Y advierta que el demonio tienta con más denodado empeño a un novicio, para que abandone su vocación, que a mil seglares, especialmente si el novicio entra en la Orden de los Últimos Tiempos. En esto pone Satanás todo su empeño, porque si el novicio es fiel a Dios, le arrancará de sus manos a millares de pecadores que se salvarán por su ministerio y sus oraciones. Y por eso nuestro común enemigo se esforzará por ganarlo de mil diversas maneras, y para mejor engañarlo, pondrá en juego todo género de astucias. “Bienaventurado aquel que sufre con paciencia la tentación y la tribulación, porque después que fuere así probado, recibirá la corona de vida eterna que Dios ha prometido a los que le aman,” dice la epístola de Santiago el Menor.

Las tentaciones más comunes de que se vale el infierno para tentar a los novicios y obligarles a abandonar su vocación, suelen ser las siguientes: el amor a los parientes; el temor de perder la salud; las incomodidades

de la vida común; desolación de espíritu; dudas sobre la vocación; que en el siglo era más piadoso; en el mundo podría ganar más almas para Dios; que no está llamado a este tipo de vida.

Para empeorar las cosas, muchos postulantes y novicios le siguen el juego al Tentador al escuchar sus objeciones, o al construir para sí mismos dificultades imaginarias, que quizás nunca sucederán, olvidando que con la llamada viene la especial “Gracia de la Vocación”, con la cual, como el Apóstol nos asegura, podrán superar todas las dificultades: “Todo lo puedo en Cristo, que es el que me conforta.” Esas dificultades o tentaciones suelen ser las siguientes:

“*Quizás no voy a perseverar.*” Si todos vacilaran frente a un posible fracaso, poco se haría en el mundo, pero la Iglesia sabiamente protege contra este peligro al darle al aspirante a religioso tiempo suficiente, en el noviciado, para probar si realmente está llamado o es apto para esa vida. El verse obligado a dejar el noviciado no es una desgracia, sino que simplemente muestra que Dios tiene otros designios para esa alma. A San José de Cupertino se le negó varias veces la admisión en la Orden Franciscana por ser inepto. Ingresó a los Capuchinos, pero fue expulsado después de ocho meses de prueba porque se pensó que no tenía vocación. Por compasión, fue recibido entonces por los Franciscanos, con quienes vivió hasta su muerte santa.

En este asunto debemos considerar menos nuestra propia fuerza y más la ayuda de la gracia, porque es en Dios en quien debemos confiar particularmente. Él no nos abandonará con tal de que seamos fieles a sus inspiraciones. Si Él llama a veces a aquellos que no lo buscan, mucho más ayudará y protegerá a aquellos que han obedecido su llamada.

“Si sólo supiera que iba a perseverar...”, decía el autor de la Imitación, “y al instante escuchó dentro de sí la respuesta de Dios: ‘Haz ahora lo que harías entonces, y estarás muy seguro’.”

‘En lugar de asustarse ante la vista de unos pocos que han sido inconstantes en su vocación,’ dice San Juan Crisóstomo, ‘¿por qué no considerar la gran cantidad de aquellos que, fieles a sus compromisos, encontraron en la religión paz, felicidad y salvación?’

“*Mi salud puede quebrarse.*” Ningún religioso es despedido, después de la Profesión, por problemas de salud. Si Dios no da la fuerza suficiente para los deberes del noviciado, es una señal evidente de que quiere al novicio en otro lugar. Así, San Benito José Labre, al verse incapaz de perseverar con los cistercienses y con los cartujos, y habiendo intentado en vano, durante dos años, entrar a los trapenses, vio que su vocación



estaba en otra dirección: la imitación perfecta, en el mundo, de la vida humilde y sufriente de su Maestro. La experiencia ha demostrado en innumerables casos que la vida comunitaria regular es de inmenso beneficio para aquellos con salud débil, y Dios recompensa el espíritu generoso y la confianza de alguien dispuesto a servirlo en medio de las enfermedades, dándole nuevo vigor y fortaleza.

San Juan José Surin, jesuita, aconsejó a su madre hacerse monja carmelita a la edad de cincuenta y seis años. Tan delicada había sido que requería la asistencia constante de cuatro enfermeras; sin embargo, durante los quince años que vivió en el convento, observando todas las austeridades de la Regla, nunca entró a la enfermería. San Bernardo sirvió a Dios fielmente durante más de cuarenta años, y ‘nunca relajó sus penitencias, ayunos o labores’, aunque desde su entrada en religión fue extremadamente delicado y constantemente escupía sangre.

Una tentación con que suele el demonio molestar al novicio es la preocupación de la salud: ‘¿No ves, le dice, que con este género de vida perderás la salud y acabarás por ser del todo inútil para Dios y para el mundo?’ De esta tentación debe desentenderse el novicio, poniendo su confianza en Dios, el cual, si le ha dado la vocación, le dará también la salud necesaria para conservarla. Y si, como es de suponer, ha venido a la casa del Señor con el único fin de agradarle, debe discurrir consigo de esta manera: “Ni he ocultado ni oculto a los Superiores el estado de mi salud; ellos me han recibido, y si ahora no me despiden, es manifiesta voluntad de Dios que me quede aquí; y si por dar gusto al Señor tengo que padecer y morir, ¿qué importa? ¡Cuántos anacoretas se retiraron a padecer en los bosques, encerrados en lóbregas cuevas! ¡Cuántos mártires han dado la vida por Jesucristo! Si es del agrado de Dios que yo pierda por su amor la salud y la vida, estoy contento; no deseo ni puedo desear cosa mejor.” Así debe hablar el novicio fervoroso, que abriga en su corazón verdaderos deseos de hacerse santo; si alguno no es fervoroso durante el noviciado, tenga por cierto que no lo será jamás en toda su vida. Mas, entiéndase que uno no nace con la vocación, ni que ésta empieza con una perfecta disposición a la santidad,

sino que es comparable a una planta que germina. Pero tened por seguro que quien cultiva esa planta llamada vocación con la virtud de la perseverancia, alcanzará por premio todo el fervor y celo que desea tener para vivir entregado a la Voluntad divina.

*“Partiría el corazón de mis padres.”* Cuando el diablo ve en alguien una vocación religiosa, hace todo lo posible para evitar que siga esa inclinación. Pero de todos los medios que utiliza, el amor de los padres es quizás uno de los más poderosos y peligrosos. Él muestra que es muy justo y razonable, y hace uso de tales sofismas engañosos, que la pobre alma no sabe a qué voz escuchar, la que lo llama o la que lo instiga a regresar.

San Alfonso María de Liguorio declaró que la prueba más dura de toda su vida fue cuando le dio a conocer a su padre su determinación de abandonar el mundo. “Querido padre, veo que sufres por mi bien. Sin embargo, debo declarar que ya no pertenezco a este mundo: Dios me ha llamado, y estoy decidido a seguir su voz.” Durante tres horas, el padre lo abrazó llorando y repitiendo: “Hijo mío, ¡no me dejes! ¡Oh, mi hijo, mi hijo! No merezco este tratamiento.” Si hubiera escuchado esta patética llamada, la Iglesia habría perdido a uno de sus santos más grandes. Afortunadamente, recordó las palabras de Aquel que es el más amable y bondadoso de los hombres: “No penséis que vine a traer paz sobre la tierra; no vine a traer paz, sino la guerra. Pues, a causa de mi doctrina, he venido a separar al hijo, de su padre; y a la hija, de su madre; y a la nuera, de su suegra. Y los que creen en Mí, tendrán como mayores enemigos las personas de su propia casa. Y el que ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí.”

Una terrible responsabilidad pesa sobre la conciencia de algunos padres, quienes, por el egoísmo o por un amor equivocado, impiden que sus hijos sigan el llamamiento de Dios y, sin escrúpulos, retienen a aquellos a quienes Dios mismo está atrayendo. Quizás puedan tener la satisfacción de mantener un poco más de tiempo a sus hijos en casa, pero tendrán que responder un día al Divino Juez por el inmenso bien que han obstaculizado y las almas perdidas por su culpa.

¡Cuántos desventurados jóvenes, por el afán de complacer a sus parientes, han perdido la vocación, y a veces el alma también! Llena está la historia de tales desgraciados sucesos.

Queda, pues, sobre aviso, para que el demonio no te haga perder la vocación por este camino. El Señor, que te ha concedido el señalado favor de abandonar el siglo para consagrarte a su amor, exige de ti, no sólo que abandones, sino que si es necesario te olvides de tu patria y de tus parientes. Advierte que, si dejas al Señor por el amor de tus parientes, experimentarás grandes angustias y remordimientos en la hora de la muerte, al acordarte de que has abandonado la casa de Dios; y te verás rodeado de ellos, que en vez de proporcionarte los auxilios espirituales,



de que te hallarás tan necesitado, estarán llorando en torno tuyo o importunándote a la vez para que les dejes bien asentada su herencia, sin que ninguno de ellos te hable de Dios; y para no aumentarte las angustias y congojas que al morir experimentarás, se esforzarán por engañarte y darte vanas esperanzas, muriendo sin haberte preparado para tan supremo trance. Conviene al aspirante meditar sobre las verdades que se relacionan con la vocación, considerando cuán grande es el favor divino que el Señor le ha dispensado, cuán bien asegura su salvación eterna si corresponde a él, y, por el contrario, si es infiel, cuánto se exponea la condenación eterna. Trae con frecuencia a la memoria el recuerdo de la muerte y los remordimientos y torturas de conciencia que entonces sentirás si acabas tu vida en el siglo. Considera, por el contrario, cuán grande será el contento que experimentarás si, habiendo sido fiel a Dios, tienes la dicha de acabar la

vida en medio de tus hermanos de religión, que te ayudarán a bien morir con sus Misas, oraciones y consejos; te animarán a esperar el Cielo y, lejos de darte vanas esperanzas, te alentarán a morir con alegría.

Considera, además, que si tus padres te aman con profundísimo cariño desde hace muchos años, mucho tiempo antes y con más inefable ternura te ha amado el Señor. Tus padres te aman desde hace veinte o treinta años, y el Señor te ha amado con perpetuo amor. Verdad es que tus padres han hecho muchos gastos y padecido no pocas incomodidades por tu causa, pero Jesucristo ha dado por tu amor su sangre y su vida. Por consiguiente, cuando sientas ablandarse tu corazón al pensar en los abrazos de tus padres, y la gratitud que les debes te mueva a no contristarlos, acuérdate de que mayor agradecimiento debes al Señor, que te ha colmado de gracias y favores. Y para animarte, puedes decirte a ti mismo: “Padres míos amadísimos, si os abandono, es por seguir la voz de Dios, que merece ser más amado que vosotros y más que vosotros me ha



amado a mí”. Obrando así vencerás en esta terrible tentación de cariño ciego a los padres, tentación que ha sido para muchos causa de perdición en esta y en la otra vida.

“*Podría hacer más bien en el mundo.*” Tal declaración generalmente muestra una falta de comprensión de las inmensas ventajas de la vida religiosa, y el mérito que proviene de vivir bajo votos.

Esa tentación puede provenir únicamente de Satanás, ya que es engaño absoluto. Uno podrá quizás hacer más bien material, pero no un mayor bien espiritual, es decir real y verdadero, ya que no hay nada tan real como Dios y su gobierno sobre todo orden espiritual y material; un mayor bien real no se alcanzará nunca con la vida en el mundo, ni para sí mismo, ni para los parientes, ni para la humanidad.

Viviendo en el siglo, anda uno dudoso e incierto, por ignorar si Dios quiere que se dedique a estas o aquellas obras; en cambio, viviendo en religión, mientras obedezca a los Superiores está seguro de que en todas sus acciones da gusto al Señor. Sólo los religiosos son tan felices, que con toda verdad pueden decir: ‘Dichosos somos nosotros, porque sabemos las cosas que son del agrado de Dios.’

¿San Francisco, Santo Domingo o San Ignacio, habrían hecho más por la gloria de Dios si hubieran llevado la vida de laicos piadosos?, y ¿no hubiera sido el mundo más pobre y el Cielo más vacío si las muchas santas fundadoras de órdenes religiosas hubieran rechazado la gracia que se les ofreció?

Otra tentación parecida puede tener el joven postulante: que en el siglo ha llevado vida piadosa y recogida. “Cuando vivías en el mundo –le insinuará el espíritu maligno– te dabas más a la oración, eras más devoto y piadoso. Ahora estás atado para ejercitarte en tan santas obras, y cuando se acabe el noviciado lo estarás más



todavía, porque entonces tendrás que consagrarte al trabajo y al estudio; los Superiores te confiarán los oficios de la comunidad y la obediencia te pondrá en otros ministerios, todos ellos origen de no pocas distracciones.”

¡Engaño manifiesto de Satanás! El que da oídos a esta tentación es señal de que todavía no ha llegado a comprender cuán grande es el mérito de la obediencia. Decía Santa María Magdalena de Pazzi que todo lo que se hace en un convento es oración. El que ofrece a Dios limosnas, ayunos y penitencias, le da parte de lo que tiene, no se lo da todo; mejor dicho: le da sus cosas, pero no se da a sí mismo; mas, por el contrario, el que renuncia a su voluntad por el voto de obediencia, se ofrece a Dios por entero, de tal suerte, que le puede decir: ‘Después de haberos, Señor, consagrado mi voluntad, ya no tengo más que ofreceros’. La privación mayor para el hombre es privarse de su propia voluntad, y por eso precisamente es el don más precioso que podemos ofrecer a Dios y que el Señor nos pide con más instancia

diciéndonos: *‘Hijo mío, dame tu corazón’*, es decir, tu voluntad. Por esto dice también el Señor que estima en más la obediencia que todos los sacrificios que podamos ofrecerle. De suerte que el que se entrega a Dios por la obediencia alcanza, no una, sino todas las victorias a la vez: sobre los sentidos, los honores, riquezas, placeres mundanos y sobre todo lo demás.

El que vive en el mundo gana méritos, sin duda, con la oración y la penitencia; pero como todo esto lo hace por propia elección y voluntad, gana mucho menos que el religioso, que obra siempre impulsado por la obediencia. El religioso atesora méritos para el Cielo, no sólo cuando reza y participa en el culto divino, sino también cuando estudia, cuando sale de paseo, cuando va a la mesa o se retira a descansar. Decía San Luis Gonzaga que en la nave de la religión hacen también el viaje los que no dan al remo. Por eso hubo con frecuencia muchas personas, dadas a la piedad y a la perfección, que han querido ponerse bajo obediencia, entrando en alguna comunidad religiosa, convencidas de que el mérito de las acciones hechas por voluntad y elección propia es inferior al de las mismas obras que se hacen por obediencia.

Los novicios deben entregarse a la Obediencia en todo. Con la obediencia merecerán las bendiciones del Señor. No es lugar para los perezosos: con la diligencia combatirán y vencerán las insidias de los enemigos espirituales. Han de guardar celosamente la virtud de la castidad, y hacer todo esfuerzo para observar con esmero las reglas con las que se consagran a Dios. Si el gusano de la soberbia o de otros vicios los corroe, hay que superarlos con generosos esfuerzos. Esto se alcanza por medio de la oración y con la humilde obediencia a las santas reglas. Les está reservado un gran premio, pero que Dios lo otorga solamente a los que perseveraren en las batallas del Señor.

El Padre Pierre Olivaint, uno de los mártires jesuitas de la Comuna de París de 1871, responde a la objeción de un joven que deseaba permanecer en el mundo de la siguiente manera: –“Mis padres tienen planes para mi futuro... –Pero, ¿qué quiere Dios? –En esa posición que se me ofrece, los hombres me tendrán en gran estima... –Pero ¿Dios? –Mi gusto natural me mueve en esa dirección. –Pero ¿Dios?–Ciertamente podré salvar mi alma en el mundo... –Es cierto, pero ¿desea Dios que la salves allí?”

“Quizás seré infeliz en el convento.” ¿Es el mundo, entonces, un paraíso terrenal, tan lleno de amor, paz y felicidad que no se encuentran penas allí? Los religiosos podrán tener mucho que sufrir, días de prueba y desolación, el tener que enfrentarse con valentía a la monotonía de unos deberes que nunca cambian, día tras día; pero con San Pablo pueden exclamar: “Así como abundan en mí las aflicciones por amor de Cristo, también sobreabundan en mí las consolaciones que me vienen de Cristo.”

“Padre”, dijo un viejo monje trapense, “tengo tantos consuelos aquí en medio de todas nuestras austeridades que temo no tener ninguno en el otro mundo.”

“Una tarde de invierno”, escribe Santa Teresita, “estaba yo, como de costumbre, cumpliendo con mi tarea. Hacía frío y era de noche. De pronto, oí a lo lejos el sonido armonioso de un instrumento musical. Entonces me imaginé un salón muy iluminado, todo resplandeciente de ricos dorados; unas jóvenes elegantemente vestidas se hacían unas a otras toda suerte de cumplidos y de cortesías mundanas. Luego mi mirada se posó sobre la pobre enferma a la que estaba sosteniendo: en vez de una melodía, escuchaba de tanto en tanto sus gemidos lastimeros; en vez de ricos dorados, veía los ladrillos de nuestro austero claustro apenas alumbrado



por una lucecita. No puedo expresar lo que pasó en mi alma. Lo que sí sé es que el Señor la iluminó con los rayos de la verdad, que excedían de tal forma el brillo tenebroso de las fiestas de la tierra, que no podía creer en mi felicidad. No, no cambiaría los diez minutos que me llevó realizar mi humilde servicio de caridad por gozar mil años de fiestas mundanas.” Había hallado el secreto de la felicidad: “Yo soy más feliz en el Carmelo, aun en medio de mis sufrimientos interiores y exteriores, que entonces en el mundo, rodeada de las comodidades de la vida y sobre todo de la ternura del hogar paterno... Al final de mi vida religiosa he llevado la existencia más feliz que se puede imaginar, porque no me buscaba nunca a mí misma. Cuando una renuncia a sí misma, se alcanza la recompensa en la tierra.”

Otra tentación es no poder soportar las incomodidades de la vida común: comida pobre y condimentada de otra manera; dormir poco; no poder salir de casa; guardar silencio y sobre todo, no poder hacer lo que cada uno quiera. Cuando el novicio se ve asaltado por esta tentación, deberá decir lo que San Bernardo se decía a sí mismo: “Bernardo, Bernardo, ¿a qué has venido a la religión?” Deberá entonces recordar que no ha entrado en el claustro para llevar vida cómoda y regalada, sino para hacerse santo. Ahora bien, ¿podrá llegar a la santidad viviendo entre comodidades y placeres? No, sino padeciendo y superando todos los apetitos de los sentidos. “Crear que Dios admite a su amistad estrecha, – dice Santa Teresa,– a gente comodona y sin trabajos, es disparate.” Y en otro lugar añade: “Almas que de veras aman a Dios no pueden pedir descanso”. Por consiguiente, jamás se hará santo el que no esté resuelto a padecer por Dios toda clase de penalidades.

Y no sólo no alcanzará la santidad, sino que tampoco conseguirá la paz del alma. ¿Es que alguien halló la paz gozando de los bienes del mundo y dando rienda a los sentidos? ¿Acaso la tienen los grandes de la tierra que nadan en la abundancia y se bañan en placeres? Éstos, ciertamente, son los más desgraciados, abrevados de continuo con hiel y veneno. *Vanidad de vanidades* y *aflicción de espíritu* llamó Salomón a los bienes del mundo, después de haber gozado de ellos hasta la hartura. Cuando el hombre pone su corazón en estos bienes, mientras más tiene, más ambiciona y nunca se sacia; y al contrario, cuando pone en Dios su felicidad, luego halla en Él paz y descanso. El Padre Carlos de Lorena, hermano del Duque de Lorena, gozaba de tanta paz y contento encerrado en la celda de su convento, que a veces se ponía a bailar de alegría. El Beato Serafín de Ascoli, religioso capuchino, decía que no cambiaría un palmo de su cordón por todas las riquezas y honores del mundo.

Hay otro engaño con que el infierno tienta al novicio cuando lo ve sumergido en alguna desolación espiritual: ‘¿No ves, le dice, que aquí no encuentras la paz? Has perdido la devoción; todo te causa tedio y hastío: la oración, la lectura espiritual, la Santa Comunión y hasta las recreaciones; señal manifiesta de que el Señor no te ha llamado a religión.’

Este género de tentación es terrible y espantoso para los novicios recién entrados en el convento y poco acostumbrados a la lucha. Para vencer esta tentación bien será considerar en qué consiste la verdadera paz de un alma en este mundo, que es lugar de mérito y, por consiguiente, lugar de prueba. La paz del alma no está cifrada, como hemos visto, en los bienes del mundo, ni tampoco consiste en sentir consuelos espirituales, porque éstos ni aumentan el caudal de nuestros méritos, ni nos hacen más agradables a Dios. La verdadera paz del alma está únicamente fundada en conformar nuestra voluntad con la Voluntad de Dios; de aquí resulta que la mejor paz y el mayor descanso que podemos apetecer, es conformar nuestro querer con el de Dios; aun cuando determine tenernos en oscuridad y desolación espiritual. ¡Cuán agradable es a Dios el alma fiel que comulga, ora y se dedica sin ningún consuelo a toda suerte de ejercicios espirituales, sólo por complacer al Señor! ¡De cuán subido precio son las buenas obras hechas sin recompensa alguna en este mundo! Llevar la cruz de Jesucristo sin consuelo, no sólo hace correr al alma, sino más bien volar por el camino de la perfección.

Cuando el novicio halle su corazón árido y seco, debe decir: ‘Señor, ya que es tu voluntad que viva desolado y privado de todo consuelo, así lo quiero yo también por todo el tiempo que fuere de tu agrado; no quiero abandonarte, y dispuesto estoy a padecer estas angustias y trabajos durante mi vida y por toda la eternidad, si así lo dispone tu voluntad; bástame saber que Tú así lo has dispuesto’.

De este modo debe hablar el novicio que de veras quiere amar a Dios; pero advierta que no siempre vivirá bajo el peso de la prueba. El demonio, para desalentarlo, tratará de convencerle de que no tendrán fin sus trabajos, y que vendrá un día a caer en desesperación por faltarle ánimo para la lucha. Éstas son las horribles tempestades que levanta Satanás en el alma desolada y sumergida en tinieblas. Pero no hay que perder la calma, porque ya lo dice el Señor: “Al que venciere, Yo le daré a comer eternamente del maná celestial.” Los que han soportado con paciencia el combate de la sequedad espiritual, y han vencido las tentaciones que les ha suscitado el infierno para obligarlos a volver atrás, serán consolados por el Señor, dándoles a gustar esemanjar desconocido que es la paz interior. El poder decir: ‘Yo hago ahora la voluntad de Dios, doy gusto a Dios,’ es un género de contento que supera a todos los que puede dar el mundo, con todas sus diversiones, festines, teatros, banquetes, honores y grandezas. El Señor no puede faltar a las promesas que ha hecho a los



que lo abandonaron todo por su amor. Ha prometido el Cielo en la otra vida, y el céntuplo en la presente. Pero ¿en qué consiste este céntuplo? Consiste precisamente en el testimonio de la buena conciencia, que aventaja y con creces supera a todos los placeres del mundo: “En verdad os digo que cualquiera que, por causa de mi Nombre, dejare casas o hermanos o hermanas o padre o madre o mujer o hijos o tierras, aun con los sufrimientos propios de la vida religiosa, recibirá ya en este mundo, cien veces más en casas o hermanos o hermanas o padre o madre o mujer o hijos o tierras; y después poseerá la vida eterna. Pues, muchos que en este mundo creen ser los primeros en honores y riquezas, si no los usan al servicio de Dios, serán los últimos en el Reino de los Cielos; y los que, habiéndolo dejado todo por mi causa, son considerados los últimos en este mundo, serán los primeros en el Reino de los Cielos.” Y el Señor dijo en El Palmar el 30 de septiembre de 1975: “¡Muchos son llamados, pero no atienden a la llamada!... Muchos sois llamados, pero no todos aceptáis la

llamada.” El que acude a la llamada de Cristo ciertamente tendrá cien veces más, pues dejará un padre y una madre, y tendrá por su amoroso Padre a Dios y por su Madre a la Santísima Virgen María, de los cuales será muy amado y tratado como hijo; dejará su casa y vivirá en la casa del Señor; el Sacerdote tendrá por purísima Esposa a la Divina María, e innumerables hijos espirituales.

Pero no hemos terminado todavía; réstanos hablar aún de las tentaciones más peligrosas; las que hasta ahora hemos tratado están fundadas en la carne y en la sangre, y luego se nota que son tentaciones del demonio; por eso, con el socorro de la gracia divina, fácilmente pueden reconocerse y vencerse. Las tentaciones más temibles son las que se presentan con capa de piedad y de mayor bien; porque así ocultas y solapadas, más fácilmente seducen y engañan a los incautos.

“*Quizás nunca tuve una vocación.*” Muchas personas han sido probadas por grandes dudas sobre su vocación, a veces temiendo haberse engañado a sí mismas, y pensando que les será imposible asegurar su



salvación en el estado religioso. Toda dulzura y devoción parece haberse desvanecido; ¡todo se ha vuelto fastidioso!; una señal clara, piensan ellos, de que Dios nunca les pidió que entraran.

Los teólogos, y a su cabeza San Alfonso María de Liguori, establecen como principio que, incluso si uno entra en religión sin una vocación y persevera a través del noviciado, Dios ciertamente le dará una vocación en el momento de pronunciar sus votos. Vacilar o dudar cuando ese paso ya ha sido dado, sería traición: “El que después de haber puesto su mano en el arado, vuelve la vista hacia atrás, no es digno del Reino de los Cielos.” Este tema quedó ampliamente explicado en nuestra segunda carta apostólica.

A veces el demonio turba la mente del novicio con estas o parecidas razones: ‘¿Quién sabe si tu vocación es verdadera, o si es mero capricho tuyo? Si Dios no te ha llamado a la Religión, te faltarán las gracias necesarias para perseverar en ella; y bien pudiera suceder que después de hechos los votos te arrepientas y acabes por apostatar, y entonces ni en el mundo alcanzarás la salvación, y en este caso tu perdición está segura.’

Para combatir esta tentación bastará saber cómo y cuándo puede uno estar seguro de su vocación. San Alfonso María explica: “Una vocación bien fundada debe tener tres condiciones: primera, proponerse un



buen fin, es decir, alejarse de los peligros del mundo, asegurar mejor la salvación del alma, unirse a Dios con más apretado lazo de amor, etc.; segunda, que no haya algún estorbo positivo que impida seguir la vocación, como podría ser la falta de salud, de talento, la pobreza de los padres; una vez que el postulante haya expuesto a los Superiores con sencillez y llaneza estas cosas, debe permanecer tranquilo; la tercera, que lo acepten los Superiores. Ahora bien, concurriendo estas tres cosas, el novicio debe tener por cierto que su vocación es verdadera.”

Además, esa repugnancia e incluso aversión, que algunos sufren durante toda su vida religiosa, no es un signo de falta de vocación, si perseveran; Dios sólo está probando su fidelidad para aumentar su mérito. Así, pues, no te dejes engañar con ninguno de estos falsos pretextos de Satanás; y ten por cierto que si abandonas la Orden, te arrepentirás, como a tantos otros sucedió, y sólo conocerás tu error cuando quizás ya no puedas remediarlo; porque el que sale de la religión puede tener dificultad en ser otra vez recibido en ella.

Por desgracia, en el mundo actual hay muchos que dicen que Dios no existe y se persuaden unos a otros de ese error diciendo que nunca han visto a Dios y Él no se ha aparecido a ellos para demostrarles lo contrario. Actúan mal; pero peor es lo que hacen los miembros de la Iglesia que dicen que no tienen una vocación religiosa porque Dios no se les ha manifestado milagrosamente. Toda la humanidad tiene la obligación de reconocer la soberanía de su Creador, de someterse a su

Ley, y de abrazar la verdadera religión; pero más estricta es la obligación que tienen los fieles cristianos de amar a Dios y cumplir su Voluntad. Es reprehensible cuando los mundanos cierran sus oídos a la verdad porque sólo quieren satisfacer sus apetitos y gozar de la vida presente; pero más ofende a Dios el actuar de sus hijos predilectos, que han recibido gracias innumerables desde la cuna, cuando son llamados a la santidad y prefieren vivir en pecado; cuando son llamados a luchar por Cristo y María, y se quedan ociosos; cuando son llamados a dar culto a Dios, y siguen los pasos de los paganos; cuando han recibido dones y talentos para dedicarlos a la salvación de las almas, y los usan para disfrutar del mundo. ¡Ay, por el rechazo de las vocaciones, el desprecio del amor divino y la consiguiente perdición de tantas almas!

“No es para mí.” Hay también otra forma de tentación por la cual muchos novicios han pasado. Esta tentación consiste en que Satanás se oculta, por lo que el novicio no se siente tentado de pecado, y piensa que aquí en el convento no peca. Entonces al principio goza de paz; mas, pronto llega a enfriarse; el espíritu de lucha degenera, por lo que se cree seguro y que Satanás está lejos. Ahora vienen dudas sobre la vocación, pero muy camufladas y no por medio de grandes tentaciones, porque la antigua serpiente no quiere ser descubierta. Si se pone a tentar abiertamente, el novicio sabe que el diablo está detrás y se refugiará en la oración. Satanás no quiere esto; de momento sólo quiere que el novicio abandone la religión, porque sabe mejor que nadie que un solo sacerdote más o una sola monja más, merman y combaten terriblemente su poder sobre la tierra. Sólo quiere que vuelvan al mundo. Allí pecan con facilidad y él cobra más poder sobre esa alma. Y para que este engaño prospere, el motivo para dudar de la vocación tiene que ser algo muy

normal para que el novicio siga creyendo que Satanás está lejos. Por ejemplo algo sencillo: ‘Me gusta la vida religiosa, es muy bonito aquí y estoy a gusto; pero me doy cuenta de que no es para mí.’ Es muy curioso que esta frase “no es para mí” es tan común entre los que han salido de aquí. Lo que habría que contestar es: ‘Pero, ¿es acaso para mí? No, no es para mí, porque nunca es para uno mismo... ¡es para Dios! Y ¡yo soy de Dios!’ ¡Allí está la cosa! Desgraciadamente, muchos sólodijeron “no es para mí” y perdieron su vocación por no decir “¡es para Dios!”

“¡Espera! ¡Espera! ¡Espera!” “Si yo fuera tú, no tendría tanta prisa.” Pero Jesús no permitió que el joven permaneciera en el mundo ni siquiera para enterrar a su padre: “Deja a los muertos que entierren a sus muertos”, como diciéndole: ‘ven y sígueme; date prisa y no tardes.’ El que desea obedecer fielmente a la voz de Dios debe determinarse, no sólo a seguirla, sino a seguirla sin demora y cuanto antes, si no quiere exponerse a grave riesgo de perder la vocación. Y si por circunstancias especiales se viere forzado a esperar, se esmerará por conservarla como la joya más preciosa que le hubieran confiado.



“No conoces el mundo.” A lo que se responde: ‘Sé que es mi peor enemigo, el amigo y ayudante de mi enemigo mortal, Satanás, y un peligro del que debería temer y huir.’

“Eres muy joven, espera un tiempo.” Se responde: ‘¿Debo esperar hasta que el mal aliento del mundo haya empañado la belleza del lirio de mi alma, que Dios ama por su irreprochable pureza y la desea para Sí mismo?’ Es de gran ventaja para un hombre, soportar el yugo del Señor desde su juventud.

Todas esas vacilaciones sólo sirven para impedir que cumplamos la Voluntad de Dios, y para que lleguemos a la muerte sin haber empezado. Hay que vencerlas con firmeza y decisión, diciendo como San Manuel Díaz Martínez: “Me he decidido de una vez para siempre a darme de lleno al problema de mi santificación. Se ha

acabado ya el tiempo de las indecisiones, de las flaquezas, de esas faltas de generosidad, de amor. Quiero y puedo ser santo. Pues lo seré. ¡Jesús, a Ti me entrego sin reservas! ¡Haz lo que quieras de mí! ¡Pide y exígeme mucho! ¡Te lo daré! ¡Hazme santo!”

Es famoso este dicho de San Bernardo sobre las ventajas de la vida religiosa: “Un religioso vive más puramente, cae más raramente, se levanta más rápido, camina más cautelosamente, recibe más frecuentemente las gracias celestiales, descansa más seguro, muere con más confianza, se purga más rápidamente y es recompensado más abundantemente.”

Las ventajas del estado religioso y los favores celestiales disfrutados por todos aquellos que están llamados a tal vida son notables. “¡Qué glorioso reino del Espíritu Santo es el estado religioso!”, escribe un Padre jesuita. “Es como una isla de paz y calma en medio del mareabreve, variable e inquieta de esta vida terrenal. Es como un jardín plantado por Dios y bendecido con el grosor de la tierra y el rocío de la consolación celestial. Es como una alta montaña donde los últimos ecos de este mundo se extinguen, y se escuchan los primeros sonidos de una bendita eternidad. ¡Qué paz, qué felicidad, pureza y santidad ha derramado sobre la faz de la tierra!”

Tampoco es de extrañar, ya que a Dios nunca se le gana en generosidad, y sabe recompensar espléndidamente los sacrificios hechos en obediencia a su llamamiento.

San Pedro le dijo: “He aquí que nosotros todo lo hemos dejado, y te hemos seguido en el estado religioso, ¿cuál será, pues, nuestra recompensa?” Y Jesús les dijo: “En verdad os digo que cualquiera que, por causa de mi Nombre, dejare casas o hermanos o hermanas o padre o madre o mujer o hijos o tierras, aun con los sufrimientos propios de la vida religiosa, recibirá ya en este mundo, cien veces más en casas o hermanos o hermanas o padre o madre o mujer o hijos o tierras; y después poseerá la vida eterna.”

Es dulce el Señor, mas sólo aquellos que han experimentado la felicidad, paz y contento del claustro comprenden plenamente que han elegido lo mejor. Innumerables almas han dado sinceras palabras de gratitud a Dios y a su Madre Santísima por la gracia de su vocación. Uno que tuvo que sufrir mucho para romper los lazos que lo unían al mundo y al hogar, escribe: “Parece que lentamente estoy despertando de un largo sueño. Estoy tan feliz que no sé si soy yo mismo u otra persona. ¿Cómo puedo agradecer a Dios lo suficiente por haberme traído aquí?”

San Jerónimo compara a los religiosos, que han abandonado el mundo, con los israelitas liberados de la esclavitud de Egipto, y dice que Dios les ha mostrado un gran amor al cambiar su dura esclavitud por la dulce libertad de los hijos de Dios.

Se han pintado muchas caricaturas de religiosos y monjas, representándolas como un conjunto alegre y jovial, regocijándose en las cosas buenas de este mundo, pero ningún artista ha dibujado una comunidad religiosa como un grupo de seres tristes y melancólicos. La atmósfera misma de un convento es de alegría y tranquilidad, sus miembros felices y alegres; porque, a salvo de las tormentas y los problemas del mundo y del deseo insaciable de riqueza, libres de las preocupaciones y ansiedades de un hogar y una familia, protegidos de las disputas, las peleas y los celos mezquinos de la vida por el manto de una amorosa caridad, por fin han encontrado la verdadera felicidad, que consiste en la paz del alma y el contentamiento del corazón.

El mundo puede jactarse de muchas cosas, pero no puede pretender dar felicidad a sus seguidores. Aquel que tuvo más medios para satisfacer cada anhelo, Salomón, tristemente exclamó: “No negué a mis ojos cuantas cosas desearon; ni vedé a mi corazón que gozase de todo género de deleites...veo que todo era vanidad y aflicción de espíritu... Vanidad de vanidades, todo es vanidad. Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es lo único que vale para el hombre.”



La vida de un religioso, como la de cualquier otro ser humano, debe ser una guerra hasta el final; los religiosos tienen sus cruces y tribulaciones, y Dios, para santificarlos, a menudo envía grandes pruebas y sufrimientos interiores; pero a pesar de todo, en lo profundo del alma sienten la presencia del don más preciado de Cristo: “La paz os dejo, mi paz os doy.” Esa paz del corazón es una fiesta continua que el mundo no conoce y que los placeres terrenales no pueden dar.

Por lo tanto, dice San Lorenzo Justiniano: “Dios Todopoderoso ha ocultado la felicidad de la vida religiosa a propósito, porque si fuese conocida, todos abandonarían el mundo y volarían a la religión.”

“Un paraíso terrenal”, dice Santa María Magdalena de Pazzi; y Santa Escolástica: “si los hombres conocieran la paz que disfrutaban los religiosos en el retiro, el mundo entero se convertiría en un gran convento.”

Firmes en la posesión de Dios, regocijándose en la promesa de una gloriosa eternidad, ¿es de extrañar que aquellos que lo han dejado todo para seguir a Cristo encuentren su yugo suave y su carga ligera? Cierta religiosa resume bien esta imagen de la verdadera vida religiosa en estas palabras: “Felicidad en el Cielo comprada por la felicidad en la tierra.”

En el convento se encuentra la felicidad y, lo que es más importante, la santidad. Los escritores espirituales dicen que la perfección del estado religioso sobrepasa a la de todos los demás estados, porque elimina los obstáculos para llegar a la santidad y consagra a la persona, de la manera más perfecta, a Dios. El mundo, con su remolino de entretenimientos y distracciones, es el enemigo mortal de la piedad, e incluso las personas mejores dispuestas encuentran difícil no ser influenciadas por el espíritu predominante de indiferencia hacia las cosas espirituales, o no verse afectadas por el ejemplo de tanta negligencia, e incluso de malicia, a su alrededor. Muchas almas santas anhelan la oración y el recogimiento, pero descubren que los cuidados de una familia, las obligaciones de los deberes sociales, las visitas y los entretenimientos inevitables, ocupan el tiempo limitado que pueden dar a Dios.

En la vida religiosa, el cuidado del alma es el primer deber y el más importante; su avance y perfección es el gran negocio de la vida. Por una sabia economía de tiempo, los religiosos, a pesar de muchas otras ocupaciones, pueden dedicar varias horas al día a la meditación, a la oración, a las visitas al Santísimo Sacramento y a la recitación del Santo Rosario, de forma tan bien distribuida que no se siente ninguna carga.

Las Reglas y la voz de la Obediencia le dan a conocer al religioso la Voluntad de Dios, de la que nunca podría estar seguro en el mundo; lo protegen de una multitud de peligrosas tentaciones, excluyendo en gran medida la posibilidad de pecar; la compañía de tantas almas elegidas, su generoso ejemplo y vidas santas, lo incitan a cosas más nobles. Libre de todas las ansiedades mundanas, puede entregar todo su corazón al servicio y amor de Dios, llevando una vida que es una imitación sincera, aunque humilde, de su Señor y Maestro Jesucristo.



San Alfonso María afirmaba que la mayoría de los tronos más altos en el Cielo serán ocupados por almas santificadas en el estado religioso; pues entre las sesenta personas canonizadas durante el siglo diecisiete, había solo cinco que no pertenecían a las órdenes religiosas.

La esencia de la vida religiosa, lo que la constituye y le da tanto mérito, es la observancia de los tres votos de la perfección evangélica: Pobreza, Castidad y Obediencia. Un voto es una promesa solemne hecha a Dios, después de una seria deliberación y de haber comprendido plenamente sus responsabilidades, mediante la cual la persona se compromete a realizar algo bueno, bajo pena de pecado.

Es cierto que es más perfecto y más agradable a Dios, hacer un buen trabajo después de obligarnos a hacerlo por voto, que hacerlo libremente sin esta obligación. Porque, como dice Santo Tomás, un acto de perfecta virtud siempre es en sí mismo más excelente que el de una virtud menor. Por lo tanto, un acto de caridad es más meritorio que un acto de mortificación, ya que la caridad es una virtud más perfecta que la virtud de la penitencia. Después de las virtudes teologales de Fe, Esperanza y Caridad, la más perfecta de todas es la virtud de la Religión, por la cual adoramos a Dios; un voto es un acto de esta virtud, la más noble de todas las virtudes morales, la Virtud de la Religión, y por eso todas las acciones realizadas en virtud de los votos se elevan a la dignidad de actos de religión, dándoles no sólo mucho más valor a los ojos de Dios e impartiendo a la voluntad constancia y firmeza en el bien, sino que también aumentan enormemente la santidad de la persona, ya que de cada acción cosecha una doble recompensa, el mérito del acto de virtud y el mérito del acto de la religión, impartido por el voto.



De todos los votos que se pueden hacer, los del estado religioso son los más nobles y los mejores. La perfección de un cristiano consiste en renunciar a la codicia de la vida terrena, en pisotear el mundo, en romper todos los lazos que lo mantienen cautivo, y en estar atado y unido a Dios por perfecta caridad. Los tres grandes obstáculos que le impiden adquirir esta perfección son, según San Juan, la concupiscencia de los ojos por las riquezas, la concupiscencia de la carne por los placeres de los sentidos y la soberbia de la vida por buscar los honores. El voto de pobreza destruye el primero, el voto de castidad el segundo y el de obediencia el tercero. Por el voto de total esclavitud a la Santísima Virgen María, vivimos únicamente para servir a nuestra Divina Reina y a su Adorable Hijo.

Por estos votos el hombre hace de sí mismo un sacrificio perfecto a Dios, se ofrece a sí mismo como un holocausto para su gloria, entregándole, para siempre, no sólo todas las posesiones terrenales y espirituales que tiene o podría tener, sino que incluso renuncia a su libertad y voluntad: la inmolación más perfecta que un ser humano puede hacer.

Al ver lo mucho que agrada a Dios este sacrificio de por vida, los Padres de la Iglesia, San Jerónimo, San Bernardo, el Doctor Angélico Santo Tomás y muchos otros, han llamado a la profesión religiosa el “Segundo Bautismo”, por el cual la culpa y el castigo debido a los pecados del pasado son completamente remitidos.

“Un religioso vive más felizmente y muere con más confianza”, escribió San Bernardo; y bien puede vivir así, porque sabe que los votos que le atan para siempre al servicio de Dios y María Santísima han borrado todo rastro de un pasado pecaminoso; que las malas acciones de su vida, aunque sean tan numerosas como las arenas del mar, con todas las terribles consecuencias que trajeron con ellas, han sido borradas por el ángel registrador, y que su alma es tan pura e inmaculada como cuando las Aguas del Bautismo lo hicieron heredero del Cielo: “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos”, dijo el Salvador, y agrega el Apóstol que “la caridad (el amor a Dios) cubre la muchedumbre de los pecados.”

Por la crucifixión diaria de su vida, el religioso hace que esta ofrenda de todo lo que le es querido llegue a manos de su Amigo y Maestro, un martirio a veces más doloroso que el de sangre, pero sabe que le ganará una gloriosa corona en el Cielo y gozo espiritual aun en la tierra.

Se puede entender fácilmente, entonces, que aquellos que han aprendido en el convento la belleza y la grandeza de una vida que es “Todo por Jesús y María”, que han saboreado su dulzura y se han dado cuenta de las posibilidades de inmensa santidad dentro de sus muros, se decidan a no abandonarlo nunca, y cómo se aumenta su deseo de entregarse cada vez más a Dios.

En las páginas anteriores, hemos visto brevemente la naturaleza y la obligación de una vocación, echando un vistazo a algunos de sus privilegios y ventajas. Sin embargo, algunos, incluso entre los católicos, pudieran preguntarse: ¿qué necesidad hay de tantos Sacerdotes y monjas?

Hace mucho tiempo, mientras aún el Salvador habitaba en esta tierra, cuando en su apostolado Él veía aquellas gentes que acudían a oír su palabra, se compadecía de ellas, porque estaban desamparadas y decaídas espiritualmente, como ovejas que no tenían pastor. Y por eso, comparando aquellas gentes con la mies ya madura de los campos, les decía a sus Apóstoles: “La mies verdaderamente es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe trabajadores a su mies.” Los ondulantes campos de grano que se perdían de vista, las espigas inclinándose bajo la carga de innumerables y diminutas semillas, cada una con su germen de vida, eran una imagen de la vasta multitud de seres humanos que Cristo había venido a salvar, de las almas de aquellos con quienes vivía y de las miríadas que lo seguirían.

El eco de aquellas palabras nunca dejó de sonar. “La mies verdaderamente es mucha, mas los obreros pocos.” Si miramos en cualquier dirección, sin importar en qué parte del globo, veremos aún la gran cantidad de almas, mies de Dios, esperando ser recogidas en los graneros del Maestro.



“Envíenme medio millón de Sacerdotes”, escribió un misionero de la India, “y les prometo que todos encontrarán abundante trabajo al llegar.”

“Por el amor de Dios, venid a nosotros. Me he encontrado con millones de hombres aquí en África que necesitan escuchar las palabras y las obras de Nuestro Señor para convertirse en millones de cristianos buenos y felices.”

Otro, mientras miraba a la población china que lo rodeaba, exclamó: “Los diez mil catecúmenos de mi distrito serían cien mil mañana, si hubiera Sacerdotes y monjas suficientes para instruirlos y recibirlos.”

Ahora más que nunca, la mies verdaderamente es mucha, con miles de millones que no conocen la verdadera Fe, y cada uno con un alma inmortal en peligro de no alcanzar la salvación eterna; mas los obreros son pocos, y cada vez menos, como advirtió el Señor: “Mas, cuando viniere el Hijo del Hombre ¿pensáis que hallará Fe en la Tierra?” Ahora estamos viviendo lo que profetizó Cristo: “Y se multiplicará la iniquidad, hasta el punto que desaparecerá la caridad en muchos, a causa de las grandes apostasías. Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo.” Ahora es cuando más faltan Sacerdotes generosos y celosos para incendiar el mundo: “Fuego vine a poner en la Tierra; ¿y qué quiero, sino que arda? Pues, Yo he venido a incendiar la Tierra con el Fuego de la Caridad, para destruir la falsa paz que da el mundo.”

“Que oréis todos vosotros, por lo tanto, –aún lo suplica el Salvador desde el Sagrario, mientras contempla la vasta tarea que queda por hacer,– rezad todos al Señor para que envíe obreros, muchos y celosos, a su mies.”

Jóvenes palmirianos, con vuestras vidas que se abren ante vosotros tan llenas de promesas, ¿no tenéis ideales más nobles, ni ambición más elevada, que pasar vuestros días en placer y diversión, mientras vuestros hermanos os miran pidiendo ayuda? Alzad los ojos y mirad la cosecha que os espera, la obra más gloriosa que el hombre haya hecho jamás: la salvación de almas inmortales.

Hay una gran cosecha por recoger: miles de millones de paganos para convertir; más de 160.000 personas que mueren cada día. ¿Están todos seguros de la Salvación? Este es el trabajo que tenéis ante vosotros, el trabajo que Dios espera que hagáis: fortalecer y difundir la Fe, predicando la verdad a un mundo incrédulo, sacrificándoos a vosotros mismos, como lo hicieron los santos del pasado, dejando hogares y amigos y, por amor a Dios y a su Madre Santísima, dando la vida para que otros puedan salvarse.

Una vocación es, en verdad, un don de Dios, pero por amor a las almas que anhela salvar, con mucho gusto otorgaría Dios este don a muchos palmirianos, si tan sólo escucharan su voz o le pidieran este tesoro.

¿Eres tú, querido hijo, uno en cuyo corazón Jesús ha estado tocando durante mucho tiempo, quizás en vano, invitando, suplicando y exhortando? “El Maestro está aquí y te llama;” Él te necesita para su trabajo. Síguelo con valentía y confianza; nunca te arrepentirás. Pero si aún no has escuchado esa voz, recuerda sus palabras: “Pedid, y se os dará”; pídele una vocación, no una vez sino diariamente, pide con confianza, perseverantemente, porque ha dado su palabra de que te escuchará: todo el que pide, recibe; para que tú

también puedas compartir la felicidad de aquellos que sirven al Señor, y que “tu gozo,” como el de ellos, “sea cumplido.”

La Iglesia sufre la escasez de Sacerdotes y de vocaciones y debe por tanto acrecentar su número. La necesidad es cada vez más apremiante: si se continúa al mismo ritmo, la escasez de Sacerdotes ocasionará la desolación de la viña del Señor. Faltan hombres con una sólida piedad y excelentes disposiciones, dispuestos a estudiar, rezar, trabajar y obedecer. Busquemos la manera de poder aumentar, y pronto, el número de los buenos Sacerdotes.

En este año se cumplen 400 años del ingreso en la vida religiosa de Santa María de Jesús de Ágreda, que entonces tenía 16 años, y de toda su familia. La madre de la santa, Catalina de Arana, tuvo una revelación, confirmada por su confesor, según la cual debían transformar la casa en convento e ingresar en él como religiosas la propia madre con sus dos hijas, mientras el padre y los dos hijos debían ser religiosos en la Orden de San Francisco. Ante esto, Santa María de Jesús dio su conformidad al proyecto. Pero la idea era tan disonante, que chocó con la resistencia del padre de la familia, y más todavía con la de un hermano de éste. La oposición del vecindario en un principio fue también general, y decían que era ‘un agravio contra el santo matrimonio’. No obstante, poco a poco se vencieron las oposiciones y dificultades; el padre cambió de parecer y, en 1618, hechas algunas reformas previas, la casa se transformó en convento de monjas.



Ciertamente no era ‘un agravio contra el santo matrimonio’, porque Cristo instituyó el Sacramento del Matrimonio en las Bodas de Caná cuando Bartolomé y Susana se casaron para tener hijos, mas, movidos por el milagro de Jesús en las Bodas, decidieron vivir separados en perfecta continencia, sin que por eso se disolviera el matrimonio contraído. La Divina María, perfectísimo modelo de Esposa y Virgen, fue la que iluminó a los esposos de Caná para que conociesen las excelencias de una unión más sublime, cual es el desposorio espiritual de la perfecta castidad consagrada a Dios, y cuya fecundidad es inmensamente más copiosa y beneficiosa para la Iglesia que la de la unión matrimonial. San Bartolomé fue después uno de los doce Apóstoles; los santos Apóstoles Pedro, Andrés, Felipe y Mateo también estaban casados y los otros siete eran solteros. De acuerdo con esto, la Moral Palmariana explica que entre las justas causas que legitiman la

separación matrimonial está cuando, con consentimiento mutuo, uno o ambos entran en la vida religiosa.

Si uno emprende el camino correcto, puede tener la seguridad de que sigue la senda del Cielo, que es aquella por la que es llamado; y que quien no sigue este camino, no va por un sendero derecho. Algunos caminos son estrechos, llenos de guijarros y recubiertos de espinas, pero hay que mantener buen ánimo: junto a las espinas está también la gracia de Dios; y, por otra parte, es tan grande el bien que nos aguarda al final, que pronto se olvidarán las heridas.

Los que por lo general no llegan a colocarse bajo el manto de María, son aquellos que están apegados a los bienes de la tierra. El egoísmo no les hace pensar más que en sí mismos; ellos mismos se llenan de fango y no son capaces de hacer un esfuerzo para conseguir las cosas del Cielo. Son de los que ponen su corazón en las cosas de la tierra y no piensan más que en los goces terrenales, en enriquecerse y adquirir fama; y para el Paraíso, nada.

Es muy importante que valoremos la necesidad y grandeza del Sacerdocio. Los Sacerdotes son los Ministros de Cristo, los intermediarios entre Él y la humanidad. En el Santo Sacrificio de la Misa, el Sacerdote perpetúa la Reparación al Padre y la Redención de la humanidad llevadas a cabo en el Sacrificio de Cristo y María en el Calvario. Y sin esta perpetuación no habría salvación posible de la humanidad; o sea, sin la Santa Misa nadie podría salvarse, ni el mundo podría subsistir. “¡Qué sería de vosotros si faltaran los Sacerdotes del Señor! Viviríais como huérfanos y desamparados,” dice San Pablo.

Cristo encomendó a los Sacerdotes la distribución de las gracias para la salvación; pues Cristo actúa místicamente en cada Sacerdote y obra en la Iglesia a través de ellos, que son auténticos Mediadores entre Dios y la humanidad. Estos ministros de Dios y dispensadores de sus gracias han de ser irreprochables,



justos, piadosos, y celosos servidores de Jesús y María. El Sacerdote es persona sagrada, aunque veáis en él debilidades y miserias humanas.

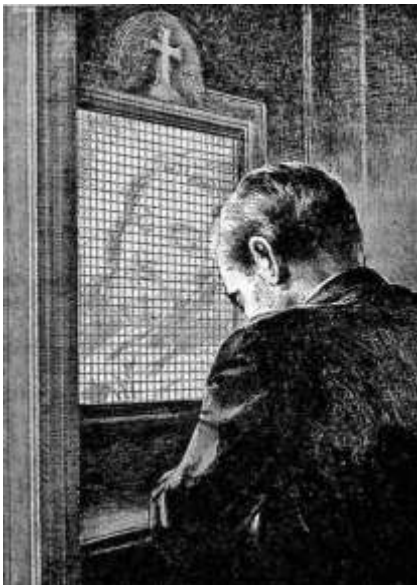
Si no os basta considerar la grandeza y necesidad del sacerdocio, recordad también que la Santísima Virgen María es Esposa Purísima de los Sacerdotes; esta divina Esposa es enormemente rica y da sin tasa y prodiga su amor; y ¿todavía habrá que moveros con exhortaciones, consejos y mil géneros de argumentos a que la escojáis por Esposa? Y ¿no abandonaréis todo lo demás con gusto y hasta con alegría para disfrutar de sus riquezas, para gozar de sus tesoros? Y ¿no daréis mil acciones de gracias al Señor por haberos llamado a tomar este estado, en el cual, renunciando a los bienes de este mundo, bienes siempre miserables, aunque fueran reinos e imperios, os disponéis a uniros con una Esposa tan buena, tan amante, tan rica y tan pródiga con sus tesoros?

Esta Esposa, infinitamente hermosa, magnífica y amable, ¿no hallará un rincón en vuestro corazón? ¿Tan lleno estará de afectos terrenos? Y al contrario, todas las cosas creadas del mundo, ¿no deberían aparecer a vuestros ojos más despreciables que el vil estiércol comparado con su amor?

¿Habrá algún Sacerdote suyo que no se tenga por feliz al considerar que por su amor lo ha dejado todo, pudiendo decir con verdad: mi Esposa es todo mi tesoro, que encierra en sí toda suerte de riquezas?

Ésta es la Esposa que escogen los Sacerdotes. El Hermano, durante el tiempo de noviciado, en el cual debe prepararse para concertar con Ella sus bodas, no debe perder de vista las cualidades de esta celestial Esposa, con la que le han de unir lazos indisolubles, y pensando en su majestad y grandeza, que no se canse de felicitar por la resolución que ha tomado de menospreciar todas las demás cosas, como indignas de su amor, comparadas con tan supremo bien; que se esfuerce también por adquirir el tesoro de virtudes, que son el ornato que tal desposorio exige, sobre todo amor ferviente, desinteresado e inalterable a una Esposa tan bella, tan rica y tan fiel; y que no se canse de decir: ‘Sólo a María Santísima y a su Divino Hijo quiero amar; a Ellos me entrego por entero, prometiéndoles fidelidad y amor eternos.’

Deberíais, como le fue dicho a Santa Teresa, sentir angustias de muerte al ver que Jesús y María no son amados de todos los hombres y que son menospreciados por tantos desgraciados, porque no los juzgan dignos de su amor.



Cuando un alma quiere entregarse a Dios, el Señor actúa para purificar y perfeccionar nuestro amor, y nos da oportunidades para crecer en su amor y mostrarle cuánto le amamos. San Alfonso María de Liguori nos ofrece algunos excelentes consejos sobre las pruebas de nuestro amor y fidelidad, inherentes a la vida religiosa: Cuando una persona, para obedecer la voz de Dios que lo llama a religión, ha dominado todas las pasiones y menospreciado todos los bienes del mundo, no crea que en adelante se verá libre de pruebas y tentaciones, como angustias, oscuridad espiritual y otras aprensiones varias que Dios le enviará, para irlo fortificando cada vez más en su vocación. Hasta los Santos que más han amado la suya han padecido de vez en cuando grandes obscuridades, pareciéndoles que vivían engañados y que no se salvarían en el género de vida que habían abrazado. Esto acaeció a Santa Teresa de Jesús, a San Juan de la Cruz, a Santa Juana Francisca de Chantal y a otros; pero bastó que se encomendasen a Dios para que se disipasen las tinieblas que los envolvían y recobrasen la paz. Así

acostumbra probar el Señor a sus almas predilectas, para que se haga patente si lo aman o no.

Por eso es necesario que el religioso se prepare a padecer trabajos y aflicciones. A veces le parecerá imposible observar por más tiempo la regla de la Orden; otras, se figurará que ha perdido la paz para no hallarla de nuevo; otras, finalmente, que no logrará salvarse. Pues bien, hay que estar muy sobre aviso, mayormente cuando la tentación se presenta envuelta en escrúpulos o acosa al novicio, so pretexto de un bien espiritual mayor, para obligarlo a abandonar la vocación. Para vencer estas tentaciones hay dos medios principales, y son:

1º. *Acudir a Dios y a María Santísima.* El primero es la oración; es acercarnos a Dios para que nos ilumine. El que implora el auxilio de Dios, es imposible que sea vencido por la tentación, así como tampoco es posible que salga vencedora de ella el alma que no acude a Dios. Quizás haya que seguir luchando contra la tentación semanas enteras; pero si el alma no se cansa de acudir a Dios, acabará ciertamente por salir vencedora, quedando después mejor fundada en su vocación y gozando de más suave y dulce paz.

Mientras no haya pasado esta tempestad, de la cual nadie se ve libre, no se dé el alma por segura. En este tiempo de oscuridad y tinieblas, ni el fervor ni las muchas razones serán capaces de devolvernos la paz perdida, porque en medio de tanta oscuridad todo es confusión. Entonces hay que clamar a Dios, diciendo: “Señor, ayudadme; venid, Dios mío, en mi socorro”. También se debe acudir a la Virgen Santísima, que es la Madre de la perseverancia, y pedir apoyado en la promesa de Jesucristo que dijo: *Pedid y recibiréis*. Y es cosa probada que el alma que sale triunfante en este género de prueba, hallará después en su vocación perpetua paz y descanso.

2º. *Descubrir la conciencia a los superiores*. El segundo remedio, tan necesario y principal como el anterior, para vencer en esta lucha, es descubrir al superior o al padre espiritual las tentaciones que lo asalten; y esto hay que hacerlo en seguida, antes de que la tentación cobre más bríos y fuerzas. Decía San Felipe Neri que “la tentación descubierta está medio vencida.” Y, por el contrario, el mayor peligro en estos casos es ocultarla al superior, porque entonces Dios retira su gracia y favor porque el aspirante a religioso no quiere humillarse y manifestar la tentación, que va cobrando fuerzas, hasta que explota. Téngase por seguro que acabará por perder la vocación el que no declara las tentaciones que la combaten.



Así como una llaga cerrada fácilmente se infecta, así también la tentación oculta causa grandes estragos, como lo atestigua la experiencia. En efecto, los que en la tentación no saben qué partido tomar y comienzan a deliberar si han de inclinarse a la derecha o a la izquierda, sin dar cuenta de ello al Superior o al Confesor, casi todos ellos han perdido la vocación. En estos casos hay que hacerse violencia y abrir el corazón a los Superiores; y Dios se complace tanto en este acto de humildad del novicio y en aquella violencia que se ha tenido que hacer, que de repente disipará con un rayo de su luz todas las tinieblas y dudas de su espíritu.

Así sucedió a Santa Teresita, que dijo que el día antes de hacer sus votos religiosos “se levantó en mi alma la mayor tormenta que había conocido en toda mi vida. Nunca hasta entonces me había venido al pensamiento una sola duda acerca de mi vocación. Pero tenía que pasar por esa prueba. Por la noche, al hacer el Viacrucis después del rezo de Maitines, se me metió en la cabeza que mi vocación era un sueño, una fantasía. La vida del Carmelo me parecía muy hermosa, pero el demonio me insuflaba la convicción de que no estaba hecha para mí, de que engañaba a los superiores empeñándome en seguir un camino al que no estaba llamada. Mis tinieblas eran tan oscuras, que no veía ni entendía más que una cosa: ¡que no tenía vocación! ¿Cómo describir la angustia de mi alma? Me parecía (pensamiento absurdo, que demuestra a las claras que esa tentación venía del demonio) que si comunicaba mis temores a la maestra de novicias, ésta no me dejaría pronunciar los votos. Sin embargo, prefería cumplir la voluntad de Dios, volviendo al mundo, a quedarme en el Carmelo haciendo la mía. Hice, pues, salir del coro a la maestra de novicias y, llena de confusión, le expuse el estado de mi alma. Gracias a Dios, ella vio más claro que yo y me tranquilizó por completo. Por lo demás, el acto de humildad que había hecho acababa de poner en fuga al demonio, que quizás pensaba que no me iba a atrever a confesar aquella tentación. En cuanto acabé de hablar, desaparecieron todas las dudas. Sin embargo, para completar mi acto de humildad, quise confiarle también mi extraña tentación a nuestra Madre, que se contentó con echarse a reír.”

San Juan Bosco también decía para los novicios: “Una de las cosas que mayor bien les puede hacer es ésta: manifiéstense a sus superiores, tengan mucha confianza en ellos, sean abiertamente sinceros.”

Hay que convencerse de que las tentaciones más terribles que puede padecer un religioso son las contrarias a la vocación, porque si el infierno logra triunfar en este punto, en un solo combate gana muchas victorias, pues es cosa sabida que cuando uno pierde la vocación y abandona el convento, no puede hacer progreso alguno en los caminos del Señor. Verdad es que el demonio se esforzará por hacerle comprender que fuera de la religión gozará de más paz y hará más bien; pero, téngase por cierto que una vez en el mundo sentirá su corazón despedazado por los remordimientos y no hallará la paz que ambicionaba, y quiera Dios que tales remordimientos no lo atormenten por toda la eternidad en el infierno, donde fácilmente puede caer, el que por culpa suya abandona la vocación, como quedó dicho más arriba. Fácilmente caerá también en tan

gran tibieza y desaliento, que no tendrá ánimo para obrar bien ni para alzar los ojos al cielo. No es de extrañar que abandone la oración, puesto que cada vez que se acoja a ella sentirá en su corazón los remordimientos y estará oyendo los reproches de la conciencia, que le dice: ‘¿Qué has hecho? Abandonaste a Dios, perdiste la vocación, y ¿por qué? ¿Por satisfacer tus pasiones, para dar gusto a tus parientes?’ Estos reproches los oirá toda su vida, y se le acrecentarán en la hora de la muerte, cuando esté para entrar en la eternidad, puesto que en lugar de morir en la casa de Dios, rodeado de sus hermanos en religión, verá acabar su vida fuera del convento, en medio de sus parientes, a quienes pretendió complacer y agradar, desagradando a Dios.

El religioso debe pedir a Dios continuamente la gracia de morir antes que sufrir tan grande desgracia, que sólo comprenderá en toda su magnitud a la hora de la muerte; lo que le servirá de no poco tormento, porque en aquel trance ya no se puede remediar el error. Por lo cual, el que padece tentaciones contra la vocación, la mejor meditación que puede hacer mientras le dure el combate es pensar en las torturas y remordimientos que experimentará, si por su culpa y mero capricho pierde la vocación y muere fuera del claustro.

Advierta, en fin, el que desea entrar en religión, que debe resolverse a santificarse y a padecer toda suerte de penalidades interiores y exteriores para ser fiel a Dios y no abandonar la vocación. Y si a esto no se decide, que no engañe a los superiores ni se engañe a sí mismo, y por consiguiente que no entre en religión, porque es manifiesta señal de que Dios no lo llama o, lo que es peor, que no quiere responder como debe al divino llamamiento. Mientras alimente tan malas disposiciones mejor es que permanezca en el mundo, hasta que se determine a darse a Dios totalmente y padecer por Él toda suerte de trabajos; porque si no, se perjudicará a sí mismo y a la religión, de la cual saldrá con cualquier pretexto, y además de quedar desacreditado delante del mundo, se hará a los ojos de Dios reo de mayor pecado, por haber sido infiel a su llamamiento; perderá en Él su confianza y no dará un paso en el camino de la virtud, y sólo Dios puede saber



los desastres y caídas que seguirán a esta primera caída.

¡Qué agradable es a los ojos de Dios una comunidad de religiosos cuyos miembros se esfuerzan por agradarle y complacerle, que viven en el mundo, pero sin vivir en él, pues todos sus pensamientos los tienen puestos en Dios!

El religioso sólo debe suspirar por alcanzar la vida eterna. ¡Dichosos nosotros si estos pocos días que tenemos de vida los gastamos en servir a Dios! En esto deben poner mayor empeño los que han perdido en el mundo buena parte de su vida. Meditemos con frecuencia en la eternidad, y entonces padeceremos con gusto y alegría cualquier trabajo.

Demos gracias a Dios que tan pródigo se muestra con nosotros, dándonos tantas luces y tantos medios para amarlo con toda perfección, y sobre todo por haberse dignado escogernos con tanta bondad y amor entre tantos hombres, para que lo sirvamos en la vida religiosa. Esforcémonos por adelantar en virtud para agradarle, puesto que, como Santa Teresa decía a sus religiosas, ya hemos hecho, con la gracia de Dios, lo más para hacernos santos, renunciando al mundo y a todos sus bienes; hagamos, pues, lo menos que nos falta y lleguemos a escalar el monte santo de la perfección. Tened por cierto, que Jesucristo ha preparado en el cielo un glorioso trono para todos los que mueren en la religión. En este mundo seremos los religiosos pobres y despreciados, y tratados de locos y de imprudentes, pero en la otra vida se trocarán las suertes.

Encomendémonos siempre a nuestro amantísimo Redentor y a la Santísima Virgen María ocultos en el Sagrario, a quienes todos los religiosos deben profesar amor entrañable. No perdamos jamás la esperanza: Jesucristo nos ha escogido para ser sus cortesanos, y tenemos pruebas patentes de la protección que dispensa a la Orden en general y a cada religioso en particular. “El Señor es mi luz y mi salvación,—dice David,— ¿a quién temeré?” Que el Señor acabe su obra y haga que vivamos consagrados a su honra y gloria, a fin de que todos los miembros de nuestra Orden tengan la dicha de agradarle en todo, hasta el día del juicio, y ganen para su gloria a innumerables almas.

Los sinceros aspirantes a la vida religiosa tienen que usar de los medios necesarios para conservar la vocación: Un medio principal es *evitar las faltas deliberadas*. Téngase muy en cuenta que el demonio se



esfuerza mucho en hacer pecar al novicio, no tanto por el mal que entraña la culpa, cuanto para hacerle perder la vocación; porque ya es sabido que cometiendo faltas deliberadas, pronto se comienza a perder el fervor en la oración, en la Comunión y en todos los demás ejercicios de piedad. El Señor, por su parte, con sobrada razón no será tan generoso en otorgarle sus gracias y favores, según aquella ley general de su Providencia de la que nos habla San Pablo, cuando dice: “Quien escasamente siembra, escasamente segará.” Esto acaecerá especialmente a los orgullosos; porque así como Dios resiste a los soberbios, el demonio, al mismo tiempo, va ganando sobre ellos mayor ascendiente. Y así vendrá a suceder que, aumentando por una parte la tibieza del novicio, y viéndose por otra privado de la luz divina, no le será difícil al infierno conseguir su intento: el de hacerle perder la vocación.

El medio esencial es la *oración*; recurrir a Dios pidiéndole la santa perseverancia, la cual, como dice San Agustín, se alcanza a fuerza de ruegos. San Alfonso María de Liguorio escribe: «Pero advierta el novicio que se ha sentido llamado por Dios y luego está tentado a abandonarle, advierta, repito, que no debe dirigirse al Señor, diciéndole: ‘Iluminadme, Señor, para que entienda lo que debo hacer’, porque esta luz que pide ya se la otorgó Dios llamándolo; y acontecerá que, pidiéndosela, fácilmente se transformaría el demonio en ángel de luz, logrando fascinarlo y hacerle creer que es luz del Cielo el pensamiento infernal de salir de la religión. La oración del novicio debe ser ésta: ‘Señor, ya que me habéis dado la gracia de la vocación, dadme también la fuerza necesaria para perseverar en ella.’ Cierta joven fue llamada por Dios al estado religioso, y tras largas pruebas, el Superior aprobó su vocación y el joven entró en un convento; pero los padres lo molestaron tanto, que llegaron a obligarlo a que se retirase a otra parte, para examinar más despacio su vocación. Mas, en



vez de regresar al convento de donde salió, se volvió a su casa, con gran contento de sus padres y no menos desagrado del Señor. Y cuando le pregunté por qué había caído en error tan lamentable, me contestó que había pedido al Señor que lo iluminase, diciendo: –‘*Habla, Señor, que tu siervo escucha,*’ y que al terminar su oración había determinado volver a la casa de sus padres. Yo (San Alfonso) entonces le contesté: “Te has equivocado, hijo mío; tu vocación era cierta, apoyada en mil evidentes razones; no debías haber dicho: ‘*Habla, Señor,*’, porque Dios ya te había hablado, sino más bien: ‘*Dadme, Señor, la fuerza, necesaria para seguir vuestra Voluntad, ya que os habéis dignado dármela a conocer*’. Como tú no oraste así al Señor, perdiste la vocación.” Que sirva la desgracia de este joven para escarmiento de muchos. Advierta además el novicio que en el momento de la tentación, momento de confusión y tinieblas, no debe buscar razones para calmar sus inquietudes; ofrézcase de nuevo a Dios y pídale de esta manera: ‘¡Oh Dios mío! ya que me he entregado del todo a Ti, no quiero abandonarte; ayúdame, no permitas que te sea infiel.’ Y repitiendo con más

insistencia esta oración mientras más fuerte sea la tentación, y manifestándola luego, como queda dicho, a los Superiores, suya será la victoria. Encomiéndose entonces de modo especial a la Virgen Santísima, que es la Madre de la perseverancia».

Un joven novicio, vencido por la tentación, estaba ya para salir del monasterio; pero antes se arrodilló ante una imagen de la Santísima Virgen, para rezarle un Avemaría; al punto se sintió como clavado en el suelo sin poderse mover; agradecido a la Madre de Dios por tan singular favor, hizo voto de perseverar en la religión; después de lo cual se levantó sin gran trabajo, se fue a pedir perdón al Maestro de novicios y perseveró en su vocación.

Al novicio o aspirante a la vida religiosa cabe rogarle muy encarecidamente que, cuando sea tentado contra la vocación, se detenga a considerar estas dos cosas:

Primera, que la gracia de la vocación, con que el Señor te ha favorecido, no se ha dado a muchos conocidos tuyos, tal vez menos indignos que tú de ella; no se lo pagues con ingratitud haciéndole traición; advierte que, siendo infiel al Señor, te pones en gran peligro de condenarte, y puedes tener por seguro que en esta vida no gozarás de un momento de paz, pues los remordimientos de conciencia despedazarán tu corazón hasta la muerte.

Segunda, cuando la tentación te acometa con más furia y el enemigo te quiera persuadir, que de no abandonar la religión llevarás vida de condenado y que te arrepentirás tarde o temprano, trae entonces a la memoria la hora de tu muerte y reflexiona que, si ahora te encontrases en aquel duro trance, no te

arrepentirías de haber seguido tu vocación; antes al contrario, gozarías de suma paz e indecible contento, mientras que experimentarías amargas angustias y grandes pesares si hubieras sido infiel a la voz de Dios. Si este pensamiento siempre ocupa tu memoria, no te perderás; durante la vida disfrutarás de serena paz, y en la hora de la muerte recibirás la corona de gloria que Dios tiene preparada para sus fieles servidores.

Para entrar en religión, hay que venir con las disposiciones necesarias. El que se siente llamado por Dios, no debe olvidar que el fin de la vida religiosa es seguir de cerca, y en cuanto lo consienta nuestra flaqueza, las huellas y ejemplos de la vida sacrosanta de Jesucristo, el cual llevó en el mundo vida de mortificación y desprendimiento, cargada de trabajos y desprecios. Por consiguiente, el que se decide a entrar en la Orden, es menester que también se determine a padecer y negarse a sí mismo en todas las cosas, como lo declara el mismo Jesucristo a los que quieren entrar a su servicio: “Si alguno quiere venir en pos de Mí,—dice,—niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame.” El que desee entrar en religión debe buscar en ella la paz de la conciencia y la santidad de vida, y debe estar convencido de que tendrá que padecer y sufrir mucho, porque de lo contrario se expone, una vez en religión, a dejarse vencer por la tentación cuando sienta caer sobre sus hombros todo el peso de la vida pobre y mortificada que se lleva en el claustro.

El religioso debe estar muy agradecido a la Orden, porque se libra de mil preocupaciones y le proporciona tantos medios para servir a Dios con mucha paz y perfección, y para adelantar cada día en la virtud, como son: los buenos ejemplos que recibe de sus hermanos de religión, los avisos de los Superiores, que se desvelan por su espiritual aprovechamiento, y los ejercicios espirituales, tan a propósito para alcanzar la salvación.



No obstante, si se quiere alcanzar tantos provechos y ventajas, hay que abrazarse generosamente a todos los trabajos y padecimientos inherentes a la vida religiosa; y el que no los acepta con amor y generosidad, se verá privado de aquella paz y pleno contento que Dios tiene reservados para los que, por complacerlo, se vencen y mortifican. La paz que Dios da a gustar a sus leales servidores está oculta a las miradas de las gentes del mundo, y por eso, al ver la vida mortificada que llevan, en vez de envidiar su suerte les tienen lástima y los llaman desventurados. “Estos tales,—dice San Bernardo,— ven la cruz, pero no ven el óleo que suaviza su peso; ven que los siervos de Dios se mortifican, pero no aciertan a comprender los gustos y contentos con que el Señor los regala”.

No hay duda de que padecen las almas que se dedican a la piedad; pero también es cierto que, como dice Santa Teresa, “cuando uno se determina a padecer, está acabado el trabajo”. Abrazándose a ellas, las mismas penas se convierten en francas alegrías. Cierta día dijo el Señor a Santa Brígida: “Has de saber, hija mía, que mis caudales y tesoros están cercados de espinas; basta determinarse a soportar las primeras punzadas, para que todo se trueque en dulzuras”. Y ¿quién podrá comprender las inefables delicias que Dios da a gozar a sus escogidos en la oración, en la Comunión, en la soledad, sino el que las prueba? ¿Quién podrá vislumbrar las luces interiores, los grandes incendios de amor, los tiernos abrazos, la paz de la conciencia y los gustos anticipados del Cielo que da el Señor a sus almas amantes?

“Vale más,—dice Santa Teresa,— una gota de celestial consuelo que un mar de alegrías y placeres mundanos”. Nuestro Dios, que por naturaleza es agradecido, aun en este valle de lágrimas sabe dar a gustar por anticipado algo de las dulzuras de la gloria a los que padecen por complacerlo. Al darnos a la vida interior nos exige el Señor que estemos dispuestos a soportar toda clase de angustias, de trabajos y hasta la misma muerte, y al parecer sólo nos convida con fatigas y sinsabores, pero en realidad no es así, porque basta entregarse del todo a Dios para que la vida espiritual traiga consigo al alma aquella paz que, como dice San Pablo, ‘sobrepaja todo entendimiento,’ y que supera a la que el mundo puede brindar a los mundanos. La experiencia atestigua que los religiosos viven más felices en sus pobres celdas que los monarcas en sus regias moradas. ‘Gustad, y ved,—dice el Salmista,—cuán suave es el Señor.’ El que no lo experimente no lo comprenderá.

Con todo, hay que convencerse de que no gozará jamás de paz verdadera el que al entrar en religión no se determina a padecer y a vencerse en todo lo que contraría a la naturaleza, a purificar su corazón de todas sus malas inclinaciones y a desear lo que Dios quiere y como Dios lo quiere.

“El que entra al servicio de Dios en una casa religiosa, convéznase, —dice Santa Teresa,— que no entra allí para que Dios lo trate bien, sino a sufrir por su amor”. El que no tenga estas disposiciones, que no se determine a entrar de religioso porque sería claro indicio de que aún no tiene su alma dispuesta para un estado de tanta perfección.

Es necesario, además, no buscar la propia estima. Muchos hay que abandonan la patria, menosprecian las comodidades, se alejan de sus parientes y luego llevan consigo al monasterio el apego a la propia honra y gloria, que es muchísimo más perjudicial al religioso que todo lo demás. El mayor sacrificio que podemos hacer a Dios, no es renunciar a las riquezas, a los placeres y a la familia, sino renunciar a nosotros mismos. Éste es aquel negarse a sí que con tanto encarecimiento recomienda Jesucristo a los que pretendan seguirlo, cuando dice: “Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame.” Y para negarse a sí mismo, debe comenzar el religioso por hollar su propia estima y honra, debe desear abrazarse a todo género de desprecios que pueda recibir en el convento, como por ejemplo: verse pospuesto a otros religiosos que tal vez tengan menos méritos que él, o ser tratado como inhábil para los ministerios de la religión, o que se utilicen sus servicios en empleos bajos, humildes y trabajosos. Hay que convencerse de



que, en la casa de Dios, los oficios que impone la obediencia son los más altos y de mayor honra. Líbrenos el Señor de pretender o manifestar deseos de mandar o de ambicionar puestos honoríficos; esto en religión sería gran escándalo, y el que tal cosa pretendiera sería tenido por soberbio y ambicioso, recibiría muy severa penitencia y sería mortificado precisamente en este punto de manera especial. No serviría para nada una orden religiosa que dejara entrar por sus puertas este aire corrompido de la ambición, que mata a las más florecientes comunidades y destruye las obras más gloriosas del Señor.

Por el contrario, el novicio que quiera perseverar, al ver que los demás se mofan de él y lo menosprecian, debe experimentar gran satisfacción interior. Decimos *satisfacción interior*, porque la carne se rebelará, pero no hay por qué inquietarse por esta rebelión, mientras el espíritu se abraza a la humillación y se goce en la parte superior.

Cuando uno se vea de continuo reprendido y mortificado, no sólo de los superiores, sino también de los iguales y aun de los inferiores, debe dar muy sinceras gracias con ánimo tranquilo al que así lo reprende y caritativamente lo amonesta, manifestándole que en adelante tendrá más cuidado para no caer en el mismo defecto.

Uno de los más grandes deseos que han alimentado los Santos mientras vivían en la tierra, era verse despreciados por amor a Jesucristo. Esto fue lo que le pidió San Juan de la Cruz al Señor en cierta ocasión en que, apareciéndosele con la Cruz a cuestas le dijo: “Juan, pídemelo lo que quieras.” Y el Santo respondió: “Padecer y ser despreciado por Ti.” Enseñan los doctores, con San Francisco de Sales, que el grado más perfecto de humildad es complacerse en los menosprecios y humillaciones, y esta es precisamente una de las principales fuentes de méritos que Dios envía a nuestras almas. Vale más delante de Dios un menosprecio sufrido pacientemente por su amor, que mil ayunos y mil disciplinas.

Hay que convencerse, además, que el tener que soportar desprecios y humillaciones es cosa inevitable, aun en las comunidades más perfectas, unas veces de parte de los superiores, otras de parte de los iguales. Basta leer las vidas de los santos para saber las afrentas que recibieron San Francisco de Regis, San Francisco de Jerónimo, el Padre Torres y muchos otros. El Señor permite a veces que aun entre los santos se despierten, aunque sin culpa de parte de ellos, ciertas antipatías, o bien cierta diversidad de miras y de carácter entre personas de mucha virtud que engendran después no pocos roces y contrariedades; habrá ocasiones en que pasen por verdaderas, cosas que no lo son, y lo permitirá el Señor, para que unos y otros se ejerciten en la paciencia y en la humildad.

En una palabra, el que no lleve con paciencia los desprecios y contrariedades, lejos de aprovechar, perderá mucho en la religión. Por eso, el que se hace religioso con el fin de entregarse a Dios por entero y no sabe padecer una humillación, debería avergonzarse; hay que tener siempre en la mente a Jesucristo, que por nuestro amor fue saturado de oprobios. En esto hay que poner mucha atención, y al entrar en religión hay que estar muy decidido a complacerse en las humillaciones y disponerse a soportar todas las penalidades que vengan; de lo contrario, las contrariedades y menosprecios mal soportados llegarán a turbarlo de tal modo



que acabará por perder la vocación y abandonar el convento. ¡Cuántos hay que por no haber tenido paciencia en las humillaciones han perdido la vocación! ¿De qué provecho puede servir a Dios y a la Orden el religioso que no sabe soportar un desprecio por amor a Dios? ¿Cómo puede decir que ha muerto a sí mismo, como lo ha prometido a Jesucristo al entrar en religión, cuando siente con tanta viveza todavía las humillaciones hasta el punto de perder la paz y la calma? Que se vayan lejos, muy lejos, del convento los que tan apegados están a su propia estimación, y váyanse cuanto antes, para que con el virus de su orgullo no corrompan y envenenen a los demás. En religión todos deben estar muertos, especialmente a la estima propia; de lo contrario, mejor es que no entren; y de haber entrado, más vale que salgan cuanto antes.

El que entra en religión debe renunciar totalmente a la propia voluntad, poniéndola en manos de la obediencia. Entre todos los sacrificios éste es el más necesario. ¿De qué sirve abandonar las comodidades, los parientes, los honores, si se lleva al convento la voluntad propia? En esto cabalmente consiste el negarse a sí mismo, el morir espiritualmente, el entregarse totalmente a Jesucristo. La entrega del corazón, es decir, de la voluntad, es la que más agrada al Señor y la que exige de todos sus religiosos. Todas las otras mortificaciones y oraciones y privaciones serán de muy poco provecho, si uno no renuncia y se desprende de su propia voluntad.

Ya se ve que éste es el medio de atesorar muchos méritos delante de Dios; éste es el único camino seguro de agradarle en todo, de modo que podamos decir con Jesucristo: “Yo hago siempre lo que a Él agrada.” El religioso que ya no tiene nada de voluntad propia puede ciertamente creer y esperar que agrada a Dios en todo: en la oración, en el estudio, en oír confesiones, en el comer, en descansar, puesto que en religión no se puede dar un paso sin tener que obedecer a la regla o a los superiores.



No conocen las gentes del mundo, ni aun las almas dadas a la piedad, cuán meritoria es la vida de obediencia que se lleva en religión. Verdad es que hay muchos que viven en el mundo y trabajan mucho, y tal vez más que los que viven sometidos a obediencia: hacen penitencia y rezan; pero en todo, o en parte, obran por voluntad propia. Dice San Bernardo: “Grandes estragos causa la propia voluntad, puesto que es causa de que las obras buenas en sí mismas no lo sean para ti.” Esto se verifica cuando en nuestras acciones no buscamos a Dios, sino que nos buscamos a nosotros mismos. Por el contrario, el que obra por obediencia está seguro de que en todo agrada a Dios.

Santa María de Jesús decía que por dos cosas estimaba la vocación religiosa: la una era porque en el convento gozaba continuamente de la presencia y compañía de Jesús Sacramentado, y la otra porque vivía enteramente consagrada a Dios, sacrificándole su propia voluntad por medio de la obediencia.

Refiere el Padre Rodríguez que al morir Dositeo, discípulo de San Doroteo, reveló Dios al Abad que por aquellos cinco años que vivió bajo obediencia, a pesar de no haberse ejercitado en las austeridades de los demás monjes por su débil complexión, había alcanzado el premio de San

Pablo Ermitaño y de San Antonio Abad, por su obediencia.

Por tanto, el que quiere entrar en religión debe resolverse a despojarse totalmente de su propia voluntad, de suerte que sólo quiera lo que le pida la obediencia. Dios libre al religioso de pronunciar estas palabras: “yo quiero, yo no quiero”, porque en todas sus acciones, aun cuando el superior le pida su parecer, debe responder invariablemente: “sólo quiero lo que la obediencia me ordenare”. Y mientras no haya manifiesto pecado en lo que se le mandare, debe obedecer siempre ciegamente y sin detenerse a examinar lo que le manden, ya que no es oficio suyo el examinar los negocios y el resolver las dudas, sino del superior. Si así no hace, y si al obedecer no somete su propio juicio al parecer del superior, su obediencia será imperfecta. Decía San Ignacio de Loyola “que cuando se trata de obedecer no toca a los súbditos velar por la prudencia, sino a los superiores; y si hay que buscar alguna prudencia en el obedecer, es obedecer sin prudencia”. “La obediencia, dice San Bernardo, es indiscreta”. Y en otro lugar añade: “Es imposible que persevere en la Congregación un novicio prudente, porque el juzgar es oficio del superior y obedecer el del súbdito.”

Mas, para adelantar en la virtud de la obediencia, fundamento de toda virtud, hay que estar siempre dispuesto a abrazarse con lo que más cueste y repugne, y a soportar con paz y alegría el verse privado de lo que más se desea y ambiciona. Puede suceder que cuando suspire por la soledad para darse a la oración y al estudio, entonces lo ocuparán más que nunca en ministerios con el prójimo. Porque si bien es cierto que en

religión se vive vida retirada y solitaria, y a este fin hay señaladas horas de silencio, cuando se está en el convento, esto no obstante, si el convento se ocupa también de las misiones y hay religiosos consagrados a la salvación de las almas, cuando la obediencia los tiene ocupados en estos ministerios deben contentarse con los ejercicios y oración que son de obligación, sin quejarse, ni lamentarse, porque la obediencia lo demanda.



Y que entiendan bien lo que decía Santa María Magdalena de Pazzi: “Todo lo que se hace por obediencia es oración.”

Por lo tanto, si tienes motivos para creer que Dios te favorece con una vocación religiosa, no dejes de agradecer al querido Señor por esta gracia inestimable, la más grande después de la del Bautismo. Resuelve darte completamente al Esposo de las almas virginales. Él se ha dado sin reservas a ti. ¿Por qué no te entregas a Él, pues servirle es reinar? Di con el Apóstol: “¿Quién nos separará del amor de Cristo si somos fieles a su Gracia?... Estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni la violencia, ni todo lo que hay en lo más alto, ni en lo más profundo del Universo, ni criatura alguna, podrá separarnos jamás del amor de Dios Padre que se funda en Jesucristo Nuestro Señor, si nosotros correspondemos a las Gracias de la salvación.”

Nadie quiere que seas Sacerdote si no es tu vocación; pero si el sacerdocio es la corona que Dios ha preparado para ti, ¡qué pérdida si lo rechazas y un día qué remordimientos!

Dado en El Palmar de Troya, Sede Apostólica, día 29, Fiesta de San Pedro y San Pablo, junio del MMXVIII, año de Nuestro Señor Jesucristo y tercero de Nuestro Pontificado.

Con Nuestra Bendición Apostólica,  
Petrus III, P.P.  
PóntifexMáximus



Petrus III P.P.